

SERVICIO  
SECRETO

SS

# 7 TIROS PARA 7 ASESINOS

Clark Carrados



Las horas pasaron lentamente. Lewton había trabajado mucho aquel día y sentía la pesadez del sueño, que cerraba sus párpados, pese a los desesperados esfuerzos que hacía por mantenerse despierto. Pero al fin, el sueño terminó por derrotarlo y su cabeza se dobló sobre el pecho.

De repente, despertó, terriblemente sobresaltado. Fue a echar mano de su revólver, pero no lo encontró.

—No lo busques —dijo la mujer que estaba situada frente a la mesa.

Lewton sintió pavor.

—Dahlia...

Ella vestía enteramente de negro y tenía en la mano un revólver de metal pavonado.



Clark Carrados

# **7 tiros para 7 asesinos**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1499**

ePub r1.0

Lds 14.01.19

Título original: *7 tiros para 7 asesinos*

Clark Carrados, 1979

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

El hombre, sentado ante su mesa de trabajo, sudaba copiosamente. Estaba solo, en la habitación iluminada por la lámpara que tenía a su izquierda y que dejaba el resto de la estancia en la penumbra. Delante de sí, tenía una carta y un objeto cilíndrico, terminado en roma punta y que brillaba de un modo especial.

El objeto cilíndrico era un cartucho de pistola. La carta decía:

*«Harry Lewton: Ahí tienes una bala, calibre 38, exactamente el mismo que el del revólver que guardas en el cajón de tu mesa. Te aconsejo que la utilices antes de la media noche. Si no es así, otra bala idéntica te alcanzará cuando menos lo esperes... y eso no tardará ni veinticuatro horas en suceder. Conoces los motivos, ¿verdad? Sabes que hace dos años formulé un juramento y pienso cumplirlo.*

*»¿Lo tomas a broma? No te lo aconsejo. Kit Foxley, Rod Albany, Gray Steiner y Edmund Holloway han muerto ya, cada uno por un proyectil calibre 38. Quedáis tú, Grace Higgins y Albert Sands... los siete culpables de la muerte de mi esposo, cosa que no perdonaré jamás.*

*La decisión está en su manos, pero, en todo caso, recuerda por mucho que te escondas, sólo tienes veinticuatro horas de vida, como máximo».*

Lewton tragó saliva. Maquinalmente, acarició la bala con las

yemas de los dedos. Estuvo así unos momentos y luego, con gesto brusco, sacó el revólver.

—Maldita, ven a matarme si te atreves —desafió a la autora de la carta.

La señora Lewton se asomó minutos más tarde al despacho.

—Harry, ¿no vienes a acostarte? Es ya un poco tarde...

—Tengo trabajo, cariño. Subiré después, no te preocupes de mí.

—Está bien, pero no te retrases.

Lewton volvió a quedarse solo. Fuera, en el carrillón del vestíbulo, sonaron once campanadas.

Las horas pasaron lentamente. Lewton había trabajado mucho aquel día y sentía la pesadez del sueño, que cerraba sus párpados, pese a los desesperados esfuerzos que hacía por mantenerse despierto. Pero al fin, el sueño terminó por derrotarlo y su cabeza se dobló sobre el pecho.

De repente, despertó, terriblemente sobresaltado. Fue a echar mano de su revólver, pero no lo encontró.

—No lo busques —dijo la mujer que estaba situada frente a la mesa.

Lewton sintió pavor.

—Dahlia...

Ella vestía enteramente de negro y tenía en la mano un revólver de metal pavonado.

—Te di la oportunidad de saldar cuentas por ti mismo, como hice con los otros. Yo amaba a mi esposo, tú lo sabes bien, y ya no está ahora con nosotros. Tal vez teníais motivos para vengaros de él, pero no para quitarle la vida...

—Se suicidó —gritó Lewton desesperadamente.

—Se simuló un suicidio, que no es lo mismo. En la práctica, sólo una mano empuñó el revólver que le quitó la vida. Realmente, fueron siete manos... una de ellas la tuya, Harry. Lo sabes bien, de modo que no hay por qué continuar la discusión. Adiós.

El revólver soltó un fogonazo, al mismo tiempo que Lewton empezaba a levantarse convulsivamente. La bala lo arrojó hacia atrás y su espalda chocó contra el mullido respaldo de su sillón. Lewton quedó en aquella postura, con la boca ligeramente torcida. Del centro de la frente, manaba un hilo rojo, que ya empezaba a deslizarse por su rostro.

Arriba, en el dormitorio conyugal, la señora Lewton oyó el estampido y despertó sobresaltada. Alguien había hecho un disparo en la planta baja. Cecilia Lewton corrió hacia la ventana.

Fuera, en el jardín, había una mujer que vestía de negro. La señora Lewton creyó reconocerla. De pronto, la mujer volvió la cabeza un instante y la luz de un farol próximo, dio de lleno en su rostro.

Entonces, la señora Lewton se sintió acometida por un lúgubre presentimiento. Vestida solo con el camisón, descalza, corrió hacia la puerta del dormitorio.

\* \* \*

La mujer estiró voluptuosamente los brazos. De pronto, sintió una caricia en un punto muy sensible de su anatomía y lanzó un tenue quejido.

—Walt, bribón...

Los labios masculinos siguieron acariciando el mismo sitio, un rosado vértice, que remataba una blanca semiesfera, de firmes contornos. Ella suspiró.

—Especie de canalla, ¿es que no tienes bastante?

—Soy insaciable —contestó él—. Pero la culpa no es mía.

—¿Ah, no? ¿De quién es, bandido?

—Si fueses fea... o tuvieses ochenta años... yo estaría ahora durmiendo apaciblemente...

De pronto, la joven lanzó un grito de susto. Walt Conniston se incorporó, sobresaltado.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—¿Qué pasa? —contestó ella, poniéndole el reloj bajo las narices—. ¡Mira, son las nueve y media de la mañana!

Conniston soltó una risita y reanudó su interrumpida labor. Entre beso y beso, murmuró:

—No tienes a nadie que te aguarde, preciosa... No tienes que entrar en una oficina, ni soportar a un jefe tirano o rijoso... Hasta las siete de la tarde, no entras a trabajar...

—Pero ayer era mi día libre y hoy tengo ensayo a las diez y media. Figúrate, tengo que desayunar, arreglarme... ¡Oh, canalla! ¿Por qué no me dejas en paz de una vez? ¡Walt, Walt, no sigas...

que me pierdo...!

—Vamos a perdernos juntos —propuso él ardientemente—. Lily, olvídate de todo...

De repente, sonaron unos fuertes golpes en la puerta del apartamento. Conniston se incorporó de nuevo, maldiciendo al importuno que venía a llamar a aquellas horas.

Los golpes se repitieron insistentemente. Conniston saltó de la cama y buscó la bata.

—Volveré enseguida —dijo—. No te muevas de ahí o te arrestaré por desacato, ¿entendido?

Ella sonrió, a la vez que se llevaba la mano a la sien.

—Sí, señor.

Segundos después, Conniston abrió la puerta. Torció el gesto al ver a un policía de uniforme en el umbral.

—Mac, ¿qué diablos ocurre? —preguntó—. ¿Por qué trata de romper la puerta de mi casa sin permiso del juez?

—Sargento, el jefe le llama —contestó el patrullero—. Quiere que vaya a verle inmediatamente.

—Es mi día libre —refunfuñó Conniston—. El jefe no puede...

—Ha desconectado el teléfono, ¿verdad? —sonrió el patrullero Mac Thomas—. Bien, el jefe ya se lo imaginaba, pero me ha dado por radio la orden de llevarlo, aunque sea atado de pies y manos.

Conniston contempló un instante al hombre que tenía frente a sí. El era alto y fornido, pero el patrullero le pasaba diez centímetros y veinticinco kilos de peso. Y, sobre todo, Mac Thomas era muy disciplinado.

—En mi próximo día libre, me iré a los antípodas —gruñó—. Bien, Mac, puedo saber, al menos, ¿qué ha pasado?

—Un tal Harry Lewton ha sido asesinado durante la noche, sargento. Se ha identificado al culpable, aunque no ha sido detenido todavía. El jefe quiere que sea usted el que se encargue del caso.

—¿Está refiriéndose a... Dahlia Fryckett, Mac?

—Exactamente, sargento.

\* \* \*

Conniston protestó airadamente en el despacho del jefe Breel.

—¿Por qué yo precisamente? —preguntó.

—Walt, le guste o no, este caso es suyo, a menos que dimita, y yo sé que no lo hará. Cinco personas han muerto ya, cada una con un balazo en la frente. Hasta ahora, sólo teníamos sospechas, pero hoy hemos adquirido la certeza de la identidad del asesino. Tome, lea y empátese.

Conniston agarró el papel que le tendía su jefe y lo leyó cuidadosamente.

—Esto no prueba nada, jefe; está escrito a máquina —dijo al terminar la lectura de la carta hallada en el despacho de la víctima.

—Cierto, no es una prueba irrefutable, pero tenemos otra que nos da el caso servido en bandeja. La señora Lewton vio a Dahlia Fryckett salir de su casa, segundos después de que sonase el disparo fatal.

—Habla usted como en los seriales de radio, jefe —sonrió Conniston—. ¿A qué hora sucedió?

—Las cuatro y media de la mañana, sargento.

—¿Las cuatro y media? ¿Qué hacía Lewton levantado todavía, en su despacho?

—Se supone que recibió la carta y decidió esperar a la asesina. No sé cómo, pero la señora Fryckett consiguió sus propósitos. Walt, no podremos acusarla nunca de las cuatro muertes anteriores, pero por ésta irá a la cárcel para toda su vida.

—Me parece que anticipa los hechos, jefe —protestó Conniston—. Aún no se ha probado que Dahlia sea culpable.

—Eso es cosa suya, Walt —dijo Breel fríamente—. A menos que anteponga los sentimientos personales al cumplimiento de su deber.

—Cuando actúo, no tengo sentimientos personales, jefe.

—Walt, dígame, ¿está todavía enamorado de Dahlia Fryckett?

Los dientes de Conniston se cerraron bruscamente.

—Ella prefirió a Alan Fryckett —siguió el jefe Breel—. Es más, quedó moralmente hundida cuando su esposo murió. Se creía que no iba a lograrse su recuperación, y no es seguro que lo haya conseguido todavía. Usted me ha acusado antes de hablar como en los seriales de la radio, pero pocas veces se ha visto una mujer tan locamente enamorada de su esposo, como la señora Fryckett.

El índice de Breel golpeó repetidas veces la carta hallada en el despacho de Lewton.

—Lo que dice aquí es rigurosamente cierto —continuó—. Dahlia

juró vengar la muerte de su esposo y, de las siete personas que estimaba culpables, han fallecido ya cinco. Y no de muerte natural, precisamente.

—Una bala por cabeza —murmuró Conniston pensativamente.

Hubo un instante de silencio.

—Sí —prosiguió el joven—, yo estaba loco por ella, pero Dahlia prefirió a Fryckett. Algo tendría cuando consiguió enamorarla de tal modo. Pero el veredicto final sobre la muerte de Fryckett fue suicidio.

—Puesto que nadie lo presencié, yo no firmaré jamás un informe semejante —contestó el joven—. No sé... Un tipo que se pega un tiro en la cabeza... Lo corriente es que dé un salto, aunque no sea muy fuerte... y que el revólver escape de su mano por la misma sacudida...

—A veces, los dedos se crispan sobre el arma.

—Pero no es muy corriente, jefe.

—Entonces, ¿va a aceptar la teoría de la señora Fryckett? Su esposo se suicidó, debido a contratiempos económicos, provocados por las siete personas de las que ella sospecha. Dahlia quiso que su marido utilizase su fortuna, pero él, orgulloso, se negó. Prefirió suicidarse antes que confesar su fracaso. No es infrecuente, ¿verdad?

Conniston asintió.

—Bien, jefe, me haré cargo del caso —suspiró—. Pero lo llevaré a mi aire.

—Resuélvalo, es lo que me interesa, Walt.

Conniston se puso en pie.

—Le diré una cosa, jefe.

—¿Sí, sargento?

—Dudo mucho de que Dahlia sea la autora de la carta.

—¿Por qué lo dice?

—Dahlia es una mujer muy hermosa, con muchas cualidades..., pero yo sé que no pudo jamás aprender a tocar el piano.

Brrel soltó un bufido.

—Walt, ¿qué diablos tiene que ver el estudio de la carretera de piano con el caso que estamos tratando?

—Por la misma razón, es muy torpe de dedos... y tampoco, jamás supo escribir a máquina.

Breel se quedó con la boca abierta.

—¡Pero fue vista por la esposa de la víctima! —gritó, cuando el joven abrió la puerta del despacho.

—Hablaré también con la señora Lewton —se despidió Conniston.

## CAPÍTULO II

Conniston contempló con cierta melancolía la lujosa residencia de Dahlia Fryckett. Ella había preferido a Alan Fryckett, y si no le había aceptado a él, no había sido por las diferencias económicas que les separaban. Conniston sabía muy bien que el dinero no era cosa que importase a Dahlia, cuando se trataba de asuntos sentimentales o simplemente amistosos. Conniston conocía muchos nombres de personas a las que Dahlia había ayudado con verdadero desinterés.

«Si hubiese sabido ganarme su corazón, ahora estaría yo viviendo aquí», pensó melancólicamente.

La doncella le había conducido a una sala de recibo. Conniston se acercó al enorme jarrón de porcelana, una auténtica pieza de museo, y acarició la pulida superficie durante unos instantes. Sobre su cabeza, se veía un cuadro firmado por un famoso artista. En una vitrina, al lado opuesto, podían admirarse piezas únicas de porcelana y estatuas de marfil bellamente labradas. La mesa que había en el centro tenía doscientos años de antigüedad. ¿Iba a perder Dahlia todo aquello, se dijo, por satisfacer una venganza?

La puerta se abrió de pronto. Dahlia Fryckett apareció en el umbral. Tenía la cara casi limpia de maquillaje, a excepción de un poco de sombra en los ojos y algo de color en los labios. Su figura seguía teniendo las proporciones clásicas de una diosa griega.

—Walt, querido...

Avanzó hacia el joven, con las manos tendidas. Conniston sintió un ligero estremecimiento al percibir el cálido contacto.

—Dahlia, siento mucho lo que voy a decirte, pero no he venido precisamente en visita amistosa —dijo.

Ella le miró escrutadoramente.

—He leído los periódicos —manifestó—. ¿Me crees culpable?

—¿Por qué, hace dos años, juraste vengar la muerte de Alan?  
Dahlia giró de pronto sobre sí misma.

—Estoy absolutamente segura de que fue un asesinato —  
contestó, respirando afanosamente.

—Se dictaminó suicidio. Aunque fuese asesinato, ¿no crees que  
hay leyes en este país que castigan los delitos, sea quien fuere el  
que los comete?

—¿Podían castigar a unos asesinos que mataban sin dejar rastro?

—¿Sabes positivamente que fueron ellos?

—Su situación económica mejoró notablemente después de la  
muerte de Alan. Algunos pasaban apuros y se les vio  
inmediatamente con coches nuevos, casas nuevas... Otros pagaron  
fuertes deudas que tenían contraídas... En resumen, fueron tres  
millones los que perdió Alan y que se repartieron entre los siete.

—Unos cuatrocientos mil dólares cada uno.

—Sí, aproximadamente, pero por defecto. Te quedas corto.

—Es decir, fueron más.

—He mencionado una cifra redonda. No importan unos miles de  
dólares más o menos.

—Pero eso no indica que se confabularan para asesinar a tu  
esposo.

Dahlia se acercó a la ventana y miró a través de los cristales.

—Mi abogado, el que llevó los trámites de los asuntos legales  
después de la muerte de Alan, me informó de esos datos. Antes, ya  
le había prevenido de que esas siete personas se habían reunido en  
varias ocasiones. Mi abogado tenía informes de que planeaban algo  
contra mi esposo. Alan lo sabía y no le quiso dar importancia.  
Cuando trató de actuar, era ya tarde y estaba arruinado.

—Y entonces, fue cuando juraste asesinarlos a todos.

—Lo dije, sí, y es absurdo negarlo ahora, pero sabes bien que no  
hice nada durante los primeros meses. Aquellas palabras fueron  
producidas en un paroxismo de furia; salieron de mis labios sin que  
yo pudiera contenerlas. Luego caí en una tremenda depresión... Me  
costó mucho sobreponerme. Cuando me encontré mejor, decidí que  
no valía la pena complicarse la vida con algo que no podría  
devolvérsela a Alan.

—Estuviste en tratamiento unos cuatro meses. Pocas semanas

más tarde, se cometió el primer asesinato.

—No fui yo, Walt —contestó Dahlia vivamente, a la vez que se volvía hacia el visitante.

—Dahlia, no quiero hablar de las otras muertes. Voy a ceñirme únicamente al asesinato de Lewton. Su esposa oyó el disparo, se levantó, miró por la ventana y te vio cruzar el jardín. Te conoce, no duda en absoluto que fueses tú la mujer que huía, tras la muerte de su esposo.

—¿Me vio? ¿Puede identificarme Cecilia Lewton?

—Te ha identificado ya.

Dahlia inspiró profundamente.

—En tal caso, ¿vienes a detenerme?

—¿Puedes demostrar que estabas en tu casa a las cuatro y media de la madrugada?

Ella se echó a reír.

—Vivo aquí sola, con la doncella. Durante el día, viene una mujer que la ayuda en las faenas de la limpieza. Pero Sue, la doncella, duerme en la planta baja y en el lado opuesto de la casa. No tenemos perro que ladre. Sue puede entrar y salir cuando quiera por la noche, sin que yo me entere y viceversa. ¿Cómo demostrar que a las cuatro y media de la mañana estaba profundamente dormida?

Conniston asintió. Dahlia no podía presentar una coartada. Pero, aunque la señora Lewton jurase que la había visto salir de su casa después del crimen, su declaración no era suficiente para someterla a arresto. El más torpe abogado desharía la acusación sin la menor dificultad. Una carta escrita a máquina y sin firma, una visión nocturna, desde veinte o más metros de distancia...

—¿Tienes una máquina de escribir en casa? —pregunto, tras unos segundos de reflexión.

—Sí, claro. Pero yo no la uso; sabes que no sé escribir a máquina. Siempre lo hago a mano...

—Por favor, Dahlia.

—Está bien, Walt.

Momentos después, en un gabinete de trabajo, Conniston escribía unas cuantas frases a máquina sobre una cuartilla, que guardó inmediatamente en el bolsillo.

—¿Me vas a detener? —preguntó ella.

—¿Tienes algún arma en casa?

—No. Había un revólver... ya sabes quién lo utilizó una sola vez, y se lo quedó la policía después de la muerte de Alan. Pero si no te fías de mí, puedes registrar.

Conniston hizo un gesto negativo.

—Si tuvieras un revólver y quisieras esconderlo, no lo encontraríamos en esta casa aunque estuviésemos buscándolo dos años —respondió—. Pero te voy a pedir un favor.

—Sí, Walt.

—No abandones la ciudad, Dahlia.

—No lo haré. Me considero inocente de esos crímenes y no tengo por qué huir de nada ni de nadie —respondió ella orgullosamente.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta de la casa. Sue, la doncella, acudió a abrir. Sonaron voces, una de las cuales era de hombre. Dahlia exclamó:

—Son mis primos, Cliff y Melissa Bowers.

\* \* \*

—Cliff, Melissa —dijo Dahlia instantes después—, os presento al sargento detective Walt Conniston.

—¿Cómo están? —saludó el aludido.

—¿Viene a detenerte? —preguntó Melissa.

—Hemos leído los periódicos —manifestó Cliff—. Dahlia, estamos a tu disposición para lo que sea. Cuenta con nosotros absolutamente.

—Gracias, querido, pero no será necesario. El sargento Conniston se marchaba ya.

—Así es —confirmó el joven. Miró a Melissa, de buena estatura, formas abundantes y rostro lleno de malicia. Debía de andar por los treinta años, calculó, y no estaba falta, ni mucho menos, de experiencia de la vida.

Su hermano Cliff era algo menor, de rostro redondo y ojos acuosos. Ambos vestían ropas caras, pero chillonas, de gusto más que dudoso.

—Estamos a tu lado incondicionalmente, Dahlia —dijo Melissa. Dahlia sonrió.

—Gracias, prima. ¿Algo más, Walt?

—Pues... no, eso es todo. Recuerda lo que te he dicho sobre no abandonar la ciudad. Gracias, no te molestes, conozco el camino.

Conniston se encaminó en busca de la salida. Todavía tuvo tiempo de oír la voz de Melissa, un tanto chillona:

—Nos hemos levantado tarde, por eso no hemos venido antes. De lo contrario, hubiéramos dicho que no saliste de casa en toda la noche. No es la primera vez que nos quedamos a dormir aquí...

—Habrías dispuesto de una coartada inatacable —agregó Cliff.

La doncella estaba junto a la puerta. Conniston la miró con ojos especulativos.

—Sue...

—¿Señor?

—Si la señora quisiera salir a horas desusadas, durante la noche, usted no se enteraría, ¿verdad?

—No, señor, saldría siempre que lo deseara... Pero nunca deja de avisarme...

—A las cuatro de la mañana, no la avisaría, creo yo.

Sue apretó los labios.

—Ella no es culpable, señor —dijo.

—Eso es lo que me gustaría probar —suspiró el joven—. Gracias, Sue.

Abandonó la casa, cruzó el jardín y llegó a la calle. Cuando atravesaba la verja exterior, vio a una hermosa muchacha que parecía buscar algo.

—Oiga —dijo ella de pronto.

—¿Es a mí? —preguntó Conniston.

—Sí. Estoy buscando a una familia apellidada Bailey... Viven en esta misma avenida...

—Aquí reside la señora Fryckett, señorita —respondió Conniston—. Pero si no le importa, preguntaremos ahora mismo por los Bailey.

Conniston se acercó al teléfono empotrado en el muro y tocó el botón de llamada. A los pocos segundos, se oyó la voz de Sue:

—¿Quién es?

—Sue, soy Conniston. ¿Puede decirme algo de una familia llamada Bailey, que reside en esta misma calle?

—Oh, señor Conniston, lo siento mucho. Se mudaron hace dos

semanas. El encontró un buen empleo en Oregon...

—Gracias, Sue.

Conniston se volvió hacia la muchacha.

—Lo siento —sonrió—. Los Bailey ya no viven en la ciudad.

Ella hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué poca formalidad! —se quejó—. Me contrataron para empezar a trabajar mañana y se marchan sin avisar...

—¿Trabajar? ¿En qué, señorita, si se puede saber?

—Niñera. Los Bailey tienen un chico de dos años y querían que yo me hiciese cargo de él, hasta que le llegase la época de ir a la escuela.

—No sabe cuánto lo lamento, señorita.

—Beale, Cloris Beale.

—Yo soy Walt Conniston, sargento detective. Tengo ahí el coche. Dígame adónde puedo llevarla y lo haré con mucho gusto.

—Pues... —Cloris sonrió graciosamente—, lléveme al hotel. Es lo único que puedo hacer en estos momentos. ¡Menudo fracaso! —añadió, claramente decepcionada.

—¿Lo había estimado un buen empleo? —preguntó él, cuando el coche ya se había puesto en marcha.

—Setecientos cincuenta mensuales, dos días libres a la semana, comida y alojamiento durante dos años.

—Y ahora está sin trabajo...

—Eso no me arredra, ya lo encontraré. Pero me fastidia mucho la gente que no cumple su palabra.

—En eso estamos de acuerdo, señorita Beale.

Conniston dejó a la joven ante la puerta del hotel y le entregó una tarjeta de visita.

—Si necesita algo de mí, llámeme sin reparos —se despidió.

Minutos más tarde, entraba en el despacho de su jefe. Sentado en un ángulo de la mesa, comparó los tipos de letra de las dos cuartillas, la encontrada en la mesa de la víctima y la que él había traído de la casa de Dahlia. El jefe Breel le contemplaba con expresión un tanto irónica.

—No, la carta no ha sido escrita con la máquina que Dahlia tiene en su casa —dijo Conniston al cabo.

—Esperaba verle entrar con ella por esa puerta, sargento —murmuró Breel.

—Jefe, no quiero exponer al Departamento a un ridículo que nos haría perder prestigio. Eran las cuatro y media de la mañana y la supuesta asesina estaba a más de veinte metros de la ventana de Cecilia Lewton. Era una mujer que, presuntamente, salía de la casa. Con estos datos, ¿qué se supone usted que haría el defensor de la señora Fryckett?

Breel asintió.

—La tendríamos que poner en libertad inmediatamente —dijo.

—Por eso no la he arrestado, a pesar de que ella no puede probar su coartada. Pero, por lo mismo, tampoco puedo descartar su culpabilidad.

—¿Qué piensa hacer ahora, Walt?

Conniston se apeó de la mesa.

—Hoy resultaría imposible interrogar a la señora Lewton. Además, quiero hacer una prueba que nos saque de dudas, pero tendremos que esperar un par de días. Mientras tanto, hablaré con Grace Higgins y Albert Sands. Usted sabe quiénes son, ¿verdad?

—Los dos supervivientes —contestó Breel.

—Exactamente. Pero también puede que sean otra cosa.

—¿Qué muchacho?

—Asesinos de Alan Fryckett.

## CAPÍTULO III

Grace Higgins recibió a Conniston, envuelta en un aura de desdén, frío y distante, que le hizo parecer al joven ser un insecto contemplado misericordiosamente por una tigresa. La mujer era alta, de senos ampulosos y sólidas caderas, muy atractiva todavía a sus cuarenta años bien corridos. Pero el efecto de sugestión quedaba destruido por la dureza de sus facciones.

—Y bien, sargento, supongo que viene a preguntarme por mis relaciones con Alan Fryckett —dijo, después de que el visitante se hubiese presentado.

—Ha leído los periódicos, supongo, señora Higgins.

—Estoy enterada de lo sucedido, sargento. Si no nos ponen protección policial, esa loca acabará con todos nosotros.

—¿Al decir «esa loca», se refiere a la señora Fryckett?

—Sí.

—Usted ya la considera culpable de cinco asesinatos.

—Sí. ¿Por qué no la han detenido ya? ¿Qué hace, suelta como una fiera rabiosa, dispuesta a seguir matando a la gente?

—Señora Higgins, todavía hay que probar que ella es la culpable. Yo no he venido aquí para hablar de la culpabilidad de la señora Fryckett, sino de las relaciones de usted con su difunto esposo.

—No pretenderá usted inmiscuirse en mi vida íntima —dijo Grace, sumamente ofendida.

—Ah, había otras relaciones, además de las meramente... comerciales.

—Eso no le importa en absoluto, sargento.

—Mire, señora, lo que pudo haber entre usted y el difunto Alan Fryckett no me importa en absoluto. Hábleme de sus relaciones

financieras.

—¿Qué quiere que le diga? Era un granuja, un estafador de altos vuelos. Nos sacó el dinero para unos negocios imaginarios, luego lo perdió todo en especulaciones insensatas...

—Si fue así, ¿cómo consiguieron recobrar tres millones?

—El dinero que perdió fue el nuestro, no el suyo. Por eso acordamos actuar, para recobrar lo que legítimamente nos pertenecía.

—Es decir, especuló con el dinero de ustedes, pero el suyo estaba seguro en el Banco.

—Exactamente, sargento.

—Y, dígame, ¿cómo consiguieron recobrar el dinero perdido?

—Mire, sargento, yo no entiendo demasiado de finanzas. Lo hicieron los otros, que eran muy entendidos. ¿Por qué no le pregunta a Sands?

—Pienso hacerlo, descuide —sonrió Conniston—. Señora Higgins, dígame, ¿cree que Fryckett se suicidó?

—El revólver era suyo y lo tenía en la mano cuando encontraron el cadáver, ¿no?

—Su viuda sostiene que fue asesinado...

Grace sonrió desdeñosamente.

—Se comprendería, si hubiésemos perdido definitivamente el dinero de la inversión, pero, puesto que lo recobramos, ¿qué objeto tenía liquidar a aquel imbécil? Sucede que no pudo digerir el fracaso y optó por la solución más cómoda.

—¿De veras?

—Alan tenía mucho orgullo y mucho amor propio, pero no sabía emplearlos en el momento adecuado. Simplemente, se vio sin un dólar... y no pudo soportar la idea de estar casado con una mujer muy rica y vivir a costa suya.

—Usted lo conocía bien, parece.

—Sí, tenía motivos para conocerlo bastante. ¿Algo más, sargento?

—Gracias, señora: eso es todo.

Ella lo llamó, cuando ya llegaba a la puerta. Conniston se volvió.

—Vuelva cuando guste, sargento —dijo Grace, con sonrisa nada tímida.

Conniston hizo un gesto con la cabeza. «Menuda pájara estás

hecha. Y que estuviste liada con Alan, salta a la vista. Me parece que Dahlia se enamoró de un hombre que no se lo merecía pero ¿cómo decírselo?», pensó.

Cuando pasaba por las cercanías de un parque, estuvo a punto de atropellar a un niño de muy corta edad, que había salido corriendo de la acera. Maldijo entre dientes a la descuidada madre, que aparecía, gritando furiosamente. Pero, de pronto, reconoció a la mujer.

—Lilian, podías tener más cuidado con tu chico —gritó desde la ventanilla del coche.

Ella había cogido ya en brazos al hijo rebelde.

—Walt, ¿qué haces...? Oh, dispénsame, me descuidé un segundo, sólo un segundo, y este Bobby es de la piel del diablo... A mí me trae loca...

—Es un chico magnífico, Lilian —sonrió Conniston.

—Sí, pero no para... Y yo me siento muy desgraciada... Estoy buscando como loca una «nurse», pero no la encuentro...

—¿Necesitas una niñera?

—Más que el pan nuestro de cada día —contestó la joven pintorescamente—. Si conoces alguna muchacha que quiera...

—¿Cuánto le ofrecerías, Lilian?

—Ochocientos, alojamiento, comida y tres días libres.

Conniston puso el índice y el pulgar en círculo.

—Mañana la tendrás en tu casa —prometió.

—Gracias, Walt. Oye, ¿es cierto que Dahlia...?

Conniston sabía que Lilian Bushman y Dahlia eran amigas desde hacía muchísimos años.

—No hagas caso de todo lo que digan los periódicos —contestó, a la vez que pisaba el acelerador.

Consultó el reloj en el próximo semáforo en rojo. Se había hecho ya un poco tarde para visitar a Albert Sands. Además, quería hablar con un conocido suyo, verdadero experto en temas financieros. El hombre tenía que estar enterado a la fuerza cié los asuntos del difunto Alan Fryckett.

Antes, sin embargo, decidió visitar en su hotel a la encantadora Cloris Beale.

Cloris palmoteo de alegría al saber que aquel joven tan apuesto le había conseguido ya un empleo.

—Ha dicho...

—Ochocientos mensuales y un día más que en casa de los Bailey —sonrió Conniston.

—Gracias, sargento. No sé qué decirle...

—Bueno, Lilian es una antigua conocida mía. Me la encontré hoy por casualidad, cuando se le escapó el chiquillo y estuve a punto de aplastarlo con mi coche. Entonces fue cuando me enteré de que andaba buscando desesperadamente una niñera.

—Gracias, sargento; puede decirse que es usted mi ángel salvador.

Conniston sonrió, a la vez que dejaba una tarjeta con la dirección de los Bushman.

—Puede ir a partir de las nueve de la mañana —indicó.

Iba a salir ya, cuando se volvió y miró de nuevo a la muchacha.

—La invitaría a cenar con mucho gusto, pero tengo ya un compromiso —manifestó.

—No me extraña. —Cloris soltó una alegre carcajada a la vez que juntaba los dedos de la mano en piña—. Las debe de tener así, sargento.

—No sea mal pensada. Es un compromiso de trabajo.

—¿Algún confidente, como sale en los telefilmes?

—Ve usted demasiada televisión. Pero yo no soy Starsky, ni Hutch, ni Baretta...

—Es más guapo que todos ellos juntos.

—Cuidado, me están saliendo los colores. Buenas noches, señorita...

—Cloris, por favor, nada de ceremonias.

—Está bien, Cloris.

\* \* \*

El amigo de Conniston se llamaba Matt Reston y era un experto en finanzas, con una oficina muy próspera, y una reputación ganada a pulso durante largos años de profesión. Conniston cenó con su amigo y su esposa y luego pasaron al saloncito, en donde Reston le explicó detalladamente todo lo que sabía de los negocios del difunto

Alan Fryckett.

—En un principio, yo fui su consejero, pero luego quiso demostrar que sabía volar con sus propias alas —dijo Reston, después de una larga parrafada.

—Y se estrelló.

—Catastróficamente. Por fortuna, su viuda no está aquí y no temo herir sus sentimientos, pero a Fryckett no le hubiera confiado yo para invertir ni siquiera la hucha de mi hijo menor, que sólo tiene cinco años y una docena de dólares ahorrados.

—¿Tan malo era?

—Pésimo. No me extraña que fracasara tan rotundamente, cuando decidió invertir por, su cuenta.

—Con el dinero de otros, no lo olvides, Matt.

—Aunque no sé exactamente lo que hizo, aquel asunto rozaba muy de cerca los límites de lo ilegal. Por fortuna para él, tenía fondos con los que responder de su fracaso. Pero ya sabes cómo terminó...

La señora Reston sirvió el café y los licores. Conniston empezó a calentar el coñac de una copa balón con las manos.

—¿Asesinato o suicidio, Matt? —preguntó.

—El policía eres tú, no yo.

—Pero tu opinión puede resultar interesante, Matt —insistió el joven.

—Puede ser una de las dos cosas, Walt. Francamente, no sé qué decirte...

—Gracias, ya has dicho bastante. —Conniston apuró el coñac y se puso en pie—. Fanny —se dirigió a la esposa de su amigo—, he cenado como un príncipe.

Fanny sonrió, halagada.

—No te hagas tan caro de ver, Walt —dijo.

—Sí, tienes razón.

De pronto, Reston levantó la mano.

—Walt, ¿por qué no vas a ver a Peggy Crane? —exclamó.

—¿Quién es esa tal Peggy Crane? —inquirió el joven.

—Pero ¿no lo sabías? Fue la contable personal de Alan y se rumoreaba que era algo más que empleada. —Reston meneó la cabeza—. En confianza, Dahlia no acertó al elegir esposo.

—Por lo visto, Alan tenía vocación de sultán —sonrió Conniston.

—En Dahlia tenía la mujer elegante, rica, distinguida, que le daba brillo y prestigio sociales. Pero no quería de ella mucho más, no sé si eres capaz de entenderme.

—Se te entiende perfectamente —respondió Conniston—. Lo extraño es que Dahlia no se hubiese enterado de los devaneos de su esposo y estuviese tan enamorada como el primer día.

—¿Quién dijo que el amor es ciego, Walt? —sonrió Reston.

—Sí, eso es verdad. Buenas noches, Fanny...

—Gracias por habernos acompañado a cenar —contestó la aludida.

Aunque era ya un poco tarde, Conniston decidió que le convenía hablar con Peggy Crane. La Central de Policía no estaba demasiado lejos y se acercó a echar un vistazo a los ficheros. Pronto pudo averiguar el domicilio de la antigua empleada de Fryckett.

También averiguó algunas cosas muy interesantes: en el historial de la mujer constaban dos arrestos por prostitución y otro por intento de chantaje. Actualmente, según la ficha, trabajaba como camarera en un local denominado «El Loro Rojo».

Mientras se dirigía hacia aquel establecimiento, Conniston torció el gesto. «El Loro Rojo» tenía una fama pésima. Había sido cerrado ya en dos ocasiones y el dueño estaba advertido de que en la próxima ocasión no se le renovarían la licencia. Estar empleado en un local tan infecto significaba, indefectiblemente, tener una ficha en los archivos de la Policía.

Un cuarto de hora más tarde, Conniston se enteraba de que Peggy no había acudido a trabajar.

—Es su día libre —le informó el dueño—. ¿Ha hecho algo malo? —preguntó, aprensivo—. En todo caso, ha sido fuera de aquí...

Conniston tranquilizó al sujeto.

—Lo que tiene que decirme no está relacionado en absoluto con su negocio —contestó.

Salió a la calle de nuevo. Las lámparas multicolores se encendían y apagaban constantemente en los rótulos luminosos de los distintos locales. Pasó por delante de un «

*Sex-shop*

» y de un «Palacio del Amor Lesbiano», y se metió en su coche.

—Sodoma, Gomorra y todo lo que se quiera —masculló, enojado por el vicio que se advertía en cualquier punto al que se dirigiese la

mirada. Dados los antecedentes de Peggy Crane, resultaba lógico que trabajase en aquel sector de la ciudad.

Pocos minutos después, paraba el coche ante un edificio de ladrillo, de aspecto poco agradable. Entró, subió al cuarto piso y tocó a una puerta con los nudillos.

Al golpe, la puerta giró un poco. Entonces, Conniston sintió una especie de nudo en la garganta.

La mujer, aparatosamente rubia, estaba completamente desnuda, sentada en el suelo, con un puñal clavado hasta el mango en el centro del pecho, un poco más abajo de los senos. La sangre había corrido por el vientre y llegado hasta el suelo. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y la mandíbula pendía lacia. Las ropas aparecían esparcidas de cualquier forma por la estancia. Conniston pensó que Peggy Crane ya no le informaría de nada de lo que había hecho junto a Alan Fryckett.

Gruñendo entre dientes, sacó un pañuelo y lo puso sobre el teléfono para no tocar la lisa superficie en la que podían hallarse huellas comprometedoras. Con un lápiz, marcó el número de la Central y pidió que acudiesen un coche de patrulla, el forense y la ambulancia.

## CAPÍTULO IV

El jefe Breel llenó un vaso y se lo entregó al hombre que aparecía derrumbado en un sillón.

—No ha dormido mucho, sargento —sonrió.

—Apenas he pegado ojo, señor —admitió Conniston.

—Pero ha hecho una buena labor. Ahora empezamos a enterarnos de muchas cosas que habían permanecido ocultas hasta este momento.

Conniston hizo un movimiento con la mano que sostenía el vaso mediado ya de café.

—Parece que resultaría conveniente empezar a creer en la teoría del asesinato de Fryckett —dijo.

—¿Por qué lo piensa así, Walt?

—Aparentemente, Peggy Crane era una camarera del «Loro Rojo», que obtenía ingresos suplementarios, llevándose clientes a la cama. La encontramos desnuda, con un puñal encima del estómago, las ropas esparcidas por la habitación... No se encontró un solo centavo en la casa y ello parece indicar el crimen cometido por un cliente despedido, furioso o simplemente borracho. ¿No lo cree así, jefe?

—Cualquiera lo tomaría como usted dice —convino Breel.

—Pero, primero, Peggy conocía secretos de cierta importancia, relacionados con el difunto Fryckett. Y, segundo, no había señales de borrachera ni de peleas, salvo las ropas caídas por el suelo... como si Peggy hubiera realizado una exhibición privada de *strip-tease* para su cliente. Éste, apenas la vio desnuda, sacó un puñal y se lo clavó en el pecho. El teléfono estaba completamente limpio de huellas dactilares; ni siquiera quedaban las señales de los dedos de Peggy.

—¿Qué le sugiere eso, sargento?

—Muy sencillo. Peggy muere y el asesino usa el teléfono para hacer una llamada, más o menos, de este sentido: «Misión cumplida». Un par de palabras bastan para informar a alguien que Peggy ya no es ningún peligro, ¿comprende?

—Y, después de la llamada, el asesino limpia cuidadosamente el teléfono..., pero eso significa que usó el puñal con la mano desnuda.

—Peggy ya no se movía. No pudo impedir, por tanto, que el asesino limpiase también el mango del cuchillo. Es más, pienso que, incluso, permaneció unos minutos más en el apartamento, para dar la sensación de que había pasado un rato agradable en la cama con Peggy.

—Tengo a dos hombres interrogando a los vecinos de la casa y de las inmediatas. Le haré saber los resultados apenas disponga de los informes.

—Muy bien, jefe. —Conniston se puso en pie—. Ahora voy a tratar de entrevistarme con Sands. Veremos a ver qué nos dice.

En aquel momento sonó el teléfono. Breel asió el aparato, escuchó un momento y luego se lo tendió al joven.

—Para usted, Walt.

El teléfono cambió de manos.

—Sargento Conniston...

—Oh, sargento, no sabe cuánto me alegro de oírle... Soy Cloris Beale... La verdad es que no sabía a quién recurrir...

—Cloris, ¿en qué puedo servirla?

—Usted me dijo ayer que había encontrado un empleo para mí.

—Sí, y le di una tarjeta para la señora Bushman. ¿Sucede algo? La oferta era buena, me parece.

Hubo una leve pausa. A Conniston le pareció que Cloris se sentía muy afligida.

—Es que... los Bushman se han marchado esta misma mañana a Hawai. Por lo visto, el viaje surgió inopinadamente...

Conniston hizo una mueca.

—Cierto, ella no me lo dijo ayer —contestó—. Mire, Cloris, lo mejor será que no se aflija. Vuelva al hotel; yo tengo hoy mucho trabajo. Si puedo, iré a buscarla para almorzar juntos y ver de solucionar su problema. ¿Entendido?

—Sí... Muchas gracias, sargento; es usted un buen hombre...

—No se desmoralice, muchacha; todo se arreglará.

El jefe Breel miraba socarronamente a su subordinado.

—Ahora se ha metido a protector de damas desvalidas —dijo.

—Es una chica preciosa y no tiene a nadie en la ciudad —respondió él, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. Bien, a ver qué nos cuenta Albert Sands.

\* \* \*

Lo primero que dijo Sands no resultó nada agradable para Dahlia Fryckett.

—A esa mujer deberían encerrarla en una cárcel para toda la vida y, además, emparedarla como se hacía en la Edad Media, para que no pudiera seguir matando gente. ¡Eso no es una mujer; es una plaga bíblica!

Conniston tuvo que esforzarse por ocultar una sonrisa.

—No está enteramente probado que fuese ella la autora de los asesinatos —alegó.

—¿Cómo que no...? ¿Y las declaraciones de Cecilia Lewton? ¡La vio salir de su casa, apenas diez segundos después de la muerte de su esposo! ¿Todavía quiere más pruebas, sargento?

—Era todavía de noche y la distancia resultaba demasiado grande —contestó el joven—. Pero, de todos modos, si resulta ser culpable, la detendremos, no se preocupe.

—Claro, después de que nos haya matado a todos...

—Aún está vivo, señor Sands.

—Lo mismo debieron decir los otros antes de morir —gruñó el sujeto.

A Conniston empezaba a hacérsele antipático aquel individuo. Sands andaba por los cincuenta años y ofrecía indudables síntomas de obesidad. Los ojos estaban envueltos por la grasa y apenas se divisaban las pupilas. Si Fryckett había muerto asesinado, como aseguraba su viuda, Sands habría sido uno de los que no se habrían opuesto al crimen. No hubiera sido capaz de empuñar el arma homicida, pero tampoco habría alzado un dedo para impedir que alguien acabase con la vida de Fryckett.

—Es posible —admitió con voz neutra—. Señor Sands, según

parece, Fryckett les jugó a ustedes una mala pasada en el aspecto financiero...

—¡Ya lo creo! Pero le forzamos a que nos devolviese el dinero empleado en aquella disparatada inversión.

—Y, ¿no acordaron algo más?

Sands dudó un segundo.

—¿Qué más podíamos acordar? —dijo al cabo—. ¿El asesinato? Resultaba absurdo; ya habíamos recobrado el dinero y eso era todo lo que nos importaba. Ya no tenía sentido planear su muerte, creo yo.

—¿Qué me dice de una venganza?

—¡Bah! Eso hubiera sido absurdo. Simplemente, Fryckett no pudo soportar el trauma de su derrota y se voló la cabeza. Eso es todo, sargento, no hay que darle más vueltas. Salvo los asesinatos cometidos por esa demente.

—¿Cree que la señora Fryckett está loca?

—En este aspecto, al menos, sí. ¡Por todos los diablos, sargento; ha matado ya a cinco personas! ¿A qué esperan para encerrarla bajo siete llaves?

—Se hará, si resulta culpable —aseguró Conniston—. Señor Sands, ¿conoció usted a una tal Peggy Crane?

—¿La contable de Fryckett? —Sands lanzó una estridente risotada—. Menuda golfa. Tenía buena mano para los libros de cuentas y para llevarse a los hombres a su cama. Empezando por Fryckett, claro.

—¿Fue usted a la cama de Peggy en alguna ocasión?

Sands enrojeció.

—No creo que eso tenga que ver... Además, Peggy está fuera del caso. Si hizo algo feo con los libros de contabilidad, sería por habérselo ordenado Fryckett, simplemente. ¿Por qué diablos saca a relucir a esa zorra?

—La asesinaron ayer por la noche.

La boca de Sands formó una O enorme.

—A... se... sinada... —tartamudeó.

—Sí, una puñalada en el corazón.

—Lo siento, es la primera noticia que tengo —murmuró el individuo—. Era una cualquiera, pero eso no es suficiente para que yo desease su muerte.

—Sí, me lo imagino.

—Ella ayudó a Fryckett en sus cubileteos con los números, eso es seguro. Y algo sacaría, me imagino. Pero después ya no había vuelto a verla ni tenía noticias suyas...

—Señor Sands, una última pregunta, por favor —dijo Conniston—. La muerte de Fryckett, ¿asesinato o suicidio?

—Suicidio —respondió el sujeto sin vacilar.

—Muchas gracias —se despidió Conniston.

Desde el coche, llamó a la Central:

—Me dirijo al Hillview Hotel. Llámenme allí, si hay algo nuevo.

\* \* \*

Cloris aparecía un tanto desmoralizada, por el segundo fracaso en veinticuatro horas.

—No sé qué hacer ahora... Yo confiaba en el empleo que me habían ofrecido los Bailey...

—¿Se lo ofrecieron por carta? —preguntó Conniston.

—Sí. ¿Quiere leerla?

—No hace falta. Consérvela. Los Bailey han incumplido un contrato y tendrán que atenerse a las consecuencias. Hoy mismo veré a un abogado, buen amigo, y haré que se ponga en contacto con esa gente, tan falta de formalidad. En cuanto a los Bushman, no hay más que la palabra de Lilian... Bien, me imagino que su esposo tendría que partir precipitadamente para Honolulu y, puesto que seguramente deberá estar allí una temporada, habrá juzgado conveniente llevarse a su esposa y al niño. No se aflija, Cloris, todo saldrá bien.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

—Creo que he tenido mucha suerte en encontrarle a usted —dijo.

—No ha sido mala del todo —contestó él riendo. De pronto, miró penetrantemente a la muchacha.

—¿Qué le sucede? —se alarmó Cloris.

Conniston guardó silencio todavía unos instantes. Cloris era alta, con una figura preciosa y de pelo oscuro, aunque no negro del todo. Podía servir para el caso, se dijo.

—Bien —exclamó, pasados unos instantes—, no sucede nada,

salvo que le voy a pedir que me ayude. Pero podemos hablar durante el almuerzo, ¿no le parece?

—Sí, desde luego.

Salieron juntos del hotel. Había un restaurante en la misma manzana y hacia él encaminaron sus pasos.

—Me gustaría quedarme aquí —declaró ella, una vez encargado el menú—. Es una ciudad no demasiado grande, bonita, bien cuidada...

—Las apariencias engañan, Cloris —dijo Conniston—. Hay más vicio del que se pueda imaginar. Pero ahora vamos a aplicamos a comer, que es lo que verdaderamente interesa.

Después del almuerzo, y una vez hubo obtenido el consentimiento de la muchacha para la tarea que pensaba llevar a cabo, la acompañó de nuevo al hotel. Cuando se dirigía a su coche, estacionado a poca distancia, oyó una voz femenina:

—Hola, sargento.

Conniston se volvió. Melissa Bowers estaba frente a él, espectacularmente ataviada con un vestido estampado, cuyas flores parecían pintadas directamente sobre su piel. Los senos amenazaban desbordar del escote, si la dueña respiraba con fuerza.

—¿Cómo está, señorita Bowers? —saludó el joven cortésmente.

Ella se echó a reír.

—No me trate con ceremonias, Alan —dijo—. Me parece que no soy tan vieja.

—Todo lo contrario, está en la flor de la edad. En lo mejor de la vida —respondió Conniston intencionadamente.

—Gracias, muy amable. ¿Cómo van las investigaciones?

—Psé... Hasta ahora, no hay nada claro.

Melissa entornó los ojos.

—Usted estuvo enamorado en tiempos de mi prima —dijo.

—¿Se lo ha contado ella?

—Algo me ha dicho. Fue lo bastante para deducir el resto. ¿Sigue enamorado?

—Cuando no se puede conseguir una cosa, lo mejor es desistir de alcanzarla.

—Pero ahora está libre...

—El interés de otros tiempos ha desaparecido ya.

—Vamos, ha cambiado de objetivo —rió Melissa

maliciosamente.

—En estos momentos, no tengo ninguno. —Conniston recorrió el opulento cuerpo de la joven desde las puntas de los pies hasta la brillante cabellera rubia—. A menos que surja de improviso, claro.

—A veces, suele ocurrir, sargento.

—Me llamo Walter, Walt para los amigos.

—Sí, Walt.

Melissa abrió el bolso, sacó una pitillera y se puso un cigarrillo en los labios, provocativamente salientes. Galante, Conniston le ofreció fuego.

—Tengo que marcharme, dispense —dijo ella, a la vez que hacía aletear sus pestañas—. Volveremos a vernos, supongo.

—Claro. Adiós, Melissa.

—Adiós..., Walt.

Ella se alejó, contoneándose deliberadamente. Era una espléndida mujer, pensó Conniston. Quizá valdría la pena intentar un mayor acercamiento.

Y tal vez ello le proporcionaría algunos informes suplementarios sobre la conducta de Dahlia en los últimos tiempos. Quizá fuese jugar sucio..., pero en un caso de asesinato, no había que tener demasiados escrúpulos.

Al sentarse en el coche, sonó la señal de llamada de la radio.

—Galgo Siete, Galgo Siete, aquí Central. Conteste, por favor...

—Galgo Siete a la escucha. Adelante, Central.

La voz de Breel sonó instantes después.

—Walt, diríjase al doscientos ochenta y cinco de la calle Madison. Interrogue a Dirk Veran. Ultimamente se había convertido en el amante de Peggy Crane. Se ignora dónde pasó la noche de ayer, a partir de las siete de la tarde. Localice e informe. Eso es todo.

—Bien, enterado —contestó el sargento Conniston.

## CAPÍTULO V

Conniston llamó a una puerta, treinta minutos después. Alguien respondió con un gruñido desde el interior. Le pareció que alguien le espiaba desde el otro lado de la puerta que tenía a su derecha, pero no quiso volver la cabeza. Insistió en la llamada y entonces, un individuo abrió y le miró hostilmente.

—¿Qué desea? —preguntó.

Conniston enseñó su placa.

—Soy el sargento...

El hombre cerró de golpe. Conniston no se esperaba aquella reacción, aunque tuvo la suficiente presencia de ánimo para adelantar el pie derecho. Cargó con el hombro y pudo ver a Veran corriendo hacia el interior del apartamento.

—Deténgase —gritó.

Pero Veran no le hizo el menor caso. Atravesó la sala y corrió hacia el cuarto de baño. Conniston lo alcanzó cuando se disponía a arrojar algo al inodoro. Agarró su brazo derecho, tiró con fuerza, hizo que Veran girase en redondo y lo lanzó contra una pared.

Un paquete cayó al suelo. Veran blasfemaba obscenamente. Conniston sacó su revólver.

—¡Media vuelta! ¡Contra la pared, las piernas separadas, rápido!

Veran obedeció sin rechistar. Conniston le cacheó rápidamente. Luego emitió otra orden:

—Atrás esas manos.

Las esposas se cerraron en torno a las muñecas del sujeto. Conniston guardó el revólver, recogió el paquete caído en el suelo y empujó al sujeto fuera del baño.

—Vamos a ver si charlamos un poco, Veran —dijo.

El individuo quedó sentado sobre un diván. Conniston hizo

saltar en la mano el paquete, envuelto en plástico y con un peso aproximado de cincuenta gramos.

—Confiscaré la droga, por supuesto, y perderás un montón de dólares, pero puede que me olvide de este asunto, si me dices dónde estuviste ayer a partir de las siete de la tarde.

Veran se lamió los labios.

—Oiga, yo no tuve nada que ver con la muerte de Peggy...

—Ah, suponías que venía a verte por ese asunto.

—Caramba, sargento, yo la quería muchísimo. Lo último que se me hubiera ocurrido en este mundo es pincharla.

—Pero puede que sepas quién lo hizo.

—Si lo supiera, ya estaría haciéndole compañía en la «morgue» —rezongó Veran.

—No fanfarronees, tú. Si sientes la muerte de Peggy, es porque se te ha secado una fuente de ingresos. Dime, ¿qué hiciste a partir de las siete de la tarde?

Veran sacó la lengua para lamerse el labio inferior.

—Acordamos una partida de póquer —contestó—. Le daré los nombres, si no me cree. Estuvimos en casa de un amigo. Se nos hizo de día jugando a las cartas. Y si no, ¿por qué cree que acabo de levantarme?

Conniston sacó la libreta de notas.

—Comprobaremos tu coartada, seguro —dijo—. Vamos, cita esos nombres.

Veran hizo lo que le decían. Conniston observó que, con el sujeto, sólo habían sido cuatro los jugadores.

—Pocos para una partida, me parece —objetó.

Veran remoloneó un poco. Para estimularle, Conniston hizo bailar el paquete con la droga delante de sus ojos.

—Está bien, encontramos a un primo y lo desplumamos. Es un forastero y no sé si querrá admitir que perdió dos mil «pavos»... Ya sabe, un comerciante que viene en viaje de negocios... Casado, con hijos... Esto podría perjudicar a su negocio si se supiera; vive en un pueblo pequeño...

—¿Quién hizo de gancho? Ya sabes a qué me refiero; la fulana espectacular que atrae al primo...

—Se lo diré también, maldita sea. Si me hubiese pillado despierto del todo, no estaría aquí —se lamentó Veran.

—Es curioso. ¿Por qué no fue Peggy que, precisamente, tenía ayer su día libre, la que actuó para atraer al primo?

—A ella no le gustaban esas cosas. Odiaba tener que pasarse la noche en una habitación llena de humo.

Conniston fue al cuarto de baño, deshizo el paquete y arrojé el polvo contenido en su interior al sumidero. Hizo funcionar la cisterna un par de veces y regresó a la sala. Detestaba tener que hacer una cosa semejante, pero la cantidad de droga era relativamente pequeña y Veran no permanecería mucho tiempo encerrado. Abrigaba la esperanza de pillarle algún día con un buen «paquete».

—De todas formas, pensabas tirar la «nieve», así que lo he hecho yo en tu lugar —dijo, ante la mirada de impotente furor que le dirigía Veran—. Dirk, ¿sabías tú que Peggy trabajó en tiempos para un tal Fryckett?

—Sí, era su secretaria de confianza y se acostaba con él. Creo que planearon entre los dos un negocio de altos vuelos, pero les falló, no sé por qué...

—¿Qué clase de negocios?

—Por lo visto, iban a ganar tres millones. Pensaban marcharse a Europa, pero la cosa no dio resultado. Fryckett se suicidó y Peggy quedó en la calle.

—Esa clase de negocios suelen llevarse siempre de forma reservada. Si fracasan, es por dos causas: incompetencia o «chivatazo». ¿Qué opinaba Peggy?

—Las dos cosas, sargento.

—¿Quién dio el «chivatazo»?

Veran entornó los ojos.

—Peggy no citó nunca su nombre. Quizá no lo sabía, pero sí mencionó en cierta ocasión a un tal Little Crow...

Conniston respingó.

—Veran, no me vengas ahora con nombres *sioux* —rezongó.

—Repito lo que ella dijo. A mí no me importaba aquel fracaso; la conocí después y, por otra parte, no iba a poder sacar dinero del asunto. Peggy dijo que Little Crow tenía la culpa del fracaso, eso es todo.

—Lo tendré en cuenta, Veran.

Conniston quitó las esposas al sujeto.

—Comprobaremos tu coartada —dijo—. Por tu propio bien, espero que me hayas dicho la verdad.

—No le he engañado —contestó el hampón—. Y créame una cosa: si supiera quién es el asesino, se lo diría inmediatamente.

—¿Por qué no procuras conseguir informes entre tus amistades? —sugirió Conniston sonriendo.

Veran no dijo nada. Conniston abrió la puerta y salió.

Miró a su izquierda. Al otro lado de la puerta vecina, habría una mujer sucia, desgredada, ávida de curiosear todo lo que sucedía en la casa. Se puso los dos pulgares en las orejas, sacó la lengua y movió las manos. Rió al oír un bufido al otro lado de la madera.

\* \* \*

El jefe Breel se mostró preocupado al conocer los propósitos del joven.

—No creo que sea demasiado legal —refunfuñó—. Lo que usted pretende es más propio de un abogado defensor, que no de un policía.

—Si sale mal, arrestaré a la señora Fryckett —contestó el joven—. Pero estimo que debemos hacer esa prueba.

—Bien, bien... ¿Querrá ella?

—Sí. Se lo he propuesto y ha aceptado sin objeción.

—¿Qué hace aquí esa chica, Walt?

—Vino contratada como niñera, pero la familia para la que iba a trabajar, se había marchado a Oregon.

—O sea, ahora está sin trabajo.

—Exactamente.

—¿No nos pedirá dinero por esa tarea?

—Lo hará con mucho gusto... Además, un abogado amigo mío Va a demandar a los Bailey, por incumplimiento de contrato. En realidad, ya lo ha hecho, porque les ha enviado un telegrama anunciándoles lo que sucede.

—Por tanto, tendrá que quedarse en la ciudad algunos días.

—Sí.

Breel movió el dedo índice.

—Walt, no nos traiga la factura del hotel al departamento —dijo.

Conniston se echó a reír. Breel preguntó:

—Walt, ¿por qué está en la policía un hombre como usted?

—Me gusta, señor.

—Tiene título de abogado. Es brillante, astuto, de reflejos mentales rápidos; podría haber hecho buena carrera, empezando como ayudante del fiscal...

—No me gusta la política, señor.

—Sí, ya lo veo. ¿Está su familia de acuerdo con usted? Yo me imagino que a su padre le habría gustado más tener un hijo situado en altos puestos y no como simple sargento detective.

—Mi padre, jefe, es un hombre muy comprensivo y no me forzaría a hacer nada que no me agradase. Pero tampoco le habría gustado que yo llegase un día a fiscal.

—¿Por qué? —se extrañó Breel.

—Quería que fuese arqueólogo —rió Conniston. Y Breel le acompañó en las risas de buena gana.

De pronto, dijo:

—Walt, los arqueólogos desentierran momias, ¿no?

—Sí, en ocasiones, jefe.

—Entonces, procure desenterrar la momia que es el asesinato de Lewton... para volverla a su féretro, una vez hallado el asesino.

—Mi piqueta se mueve continuamente, jefe —dijo el joven, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

—¿Adónde va ahora? —preguntó Breel.

—A visitar a la persona más sospechosa de la muerte de Lewton, señor.

\* \* \*

Cuando llegaba a la residencia de Dahlia, vio que salían dos hombres por la puerta del edificio. Uno de ellos era Cliff Bowers. El otro resultó desconocido. Tenía unos diez años más que Cliff y llevaba en la mano un maletín negro, de significado inconfundible.

Conniston se alarmó.

—Señor Bowers, ¿está enferma su prima? —inquirió.

—Oh, no, en absoluto. Simplemente, tiene los nervios muy alterados, como consecuencia de los últimos acontecimientos. Ah, sargento, permítame presentarle al doctor Kershane, neurólogo.

Doctor, el sargento detective Conniston.

—¿Cómo está, sargento? —saludó el médico.

—Encantado, doctor. Ha dicho que es neurólogo...

—En efecto. Pero no se asuste, la señora Fryckett no tiene nada grave que no pueda solucionarse con algunos calmantes. No obstante, yo le he recomendado que visite a un psiquiatra.

—¿Opina que pueden existir alteraciones en su mente, doctor?

Kershane se puso serio.

—Sargento, le daré mi opinión después de que la señora Fryckett haya visitado al psiquiatra que le he recomendado y que tenga en las manos el informe pertinente.

—Muy bien, muchas gracias, doctor. Señor Bowers...

Conniston se dirigió hacia la casa. Sue estaba junto a la puerta.

—La señora está en su gabinete, señor —informó.

—Gracias, Sue. —Conniston miró hacia atrás. Bowers y el médico charlaban junto a la reja—. ¿Cree usted de veras que la señora está enferma de los nervios? —preguntó en voz baja.

—La verdad es que está pasando unos días muy malos, señor. Pero yo creo que se curará...

—Gracias, Sue.

Dahlia estaba escribiendo algo en su mesa de despacho y se levantó inmediatamente al ver a Conniston.

—Walt, qué alegría me da verte —exclamó.

—Hola —sonrió él—. Me he encontrado con el médico...

—Sí. Tengo los nervios un tanto alterados —admitió la joven—. Pero no es nada de particular, Walt. Se me pasará enseguida.

—Sin embargo, te han aconsejado visitar a un psiquiatra. ¿Piensas hacerlo?

—Walt, el doctor Kershane es muy competente y creo que debo seguir sus consejos. Llevo una temporada bastante desagradable y los últimos acontecimientos no han contribuido a mejorar mis nervios.

—Muy bien, como quieras...

—Sigues sospechando de mí, ¿verdad?

—Ciertamente, no sé qué contestarte..., pero también trato de ayudarte, Dahlia. Sin embargo, necesito tu colaboración. Espero que no me la niegues, por favor.

—Todo lo contrario, también a mí me interesa ayudarte —dijo

ella—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Conniston se lo indicó. Dahlia, tras una breve reflexión, hizo un gesto de aquiescencia.

—De acuerdo, pero ¿por qué no quieres que vaya yo? —preguntó.

—Lo único que quiero es que no te muevas de casa en toda la noche —solicitó Conniston enérgicamente.

## CAPÍTULO VI

En el dormitorio del piso superior, Conniston tenía un cronómetro en la mano izquierda y un transmisor de radio en la derecha. El jefe Breel estaba presente, junto a la dueña de la casa.

—Esto me parece algo irregular —dijo Cecilia Lewton.

—Señora, tratamos de encontrar al asesino de su marido —contestó el sargento—. Nadie más interesado que nosotros en descubrir al verdadero criminal.

—Así es, señora —afirmó Breel, muy serio.

—Está bien —dijo la mujer—. ¿Qué debo hacer ahora?

—Exactamente, todo lo que hizo la noche del crimen. Usted estaba acostada y dormía profundamente, creo.

—Sí.

—Trate de hacer memoria. Repita, insisto, todo lo que hizo a partir del momento del disparo. Aunque esté vestida, acuéstese, por favor. Dentro de la cama y descalza.

—Muy bien, sargento.

—Apague la luz, por favor.

Cecilia se metió en la cama y apagó la luz. Conniston se llevó el transmisor a los labios.

—Mac, adelante con la prueba —ordenó.

Transcurrieron unos segundos. De repente, sonó una detonación.

Cecilia se incorporó casi en el acto. Estuvo unos instantes quieta y luego, apartando a un lado las ropas de la cama, se puso en pie y corrió hacia la ventana.

Abajo, en el jardín, se veía correr una figura humana. Era una mujer, vestida con chaquetón y pantalones negros y zapatos de tacón bajo. De pronto, cuando llegaba a la acera, la mujer se detuvo y miró un instante hacia la casa. Situado junto a la ventana,

Conniston pudo ver su rostro, lo mismo que su jefe y la señora Lewton.

—Bien, fin del experimento —dijo por radio.

La mujer corrió todavía unos cuantos metros y se paró, ya en una zona situada en sombras. Breel encendió la luz.

—¿Señora Lewton?

Cecilia tenía los labios prietos.

—Esa mujer no es Dahlia Fryckett —aseguró rotundamente.

—Entonces, sigue sosteniendo que fue a Dahlia a quien vio después de oír el disparo —dijo Conniston.

—Estoy dispuesta a jurarlo dondequiera que sea —respondió Cecilia.

Conniston hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias, señora Lewton.

—Se hará justicia, señora —afirmó Breel.

Los dos hombres abandonaron el dormitorio. Mac Thomas se reunió con ellos en el vestíbulo.

—¿Han conseguido algo? —preguntó el patrullero.

—Nada positivo, Mac. Gracias por su ayuda, de todos modos.

—Ha sido un placer, sargento. ¿He de llevar a la señorita Beale al hotel?

—Por supuesto.

Conniston, su jefe y el patrullero salieron de la casa. Cloris se les reunió momentos después.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —preguntó.

—Según se mire, puede considerarse como éxito o como fracaso —sonrió el joven—. Cloris, Mac Thomas la llevará al hotel. Gracias por su colaboración.

—Ha sido un placer, Walt.

La chica se alejó hacia el coche policial, que arrancó a los pocos instantes. Breel echó a andar hacia su automóvil, pero se detuvo al ver que Conniston no le seguía.

—Walt, ¿qué hace ahí parado? —exclamó.

—Estoy pensando, jefe.

Breel volvió sobre sus pasos.

—Vamos, hable —pidió.

—Desde la ventana, ¿hubiera sido capaz usted de jurar que la cara de la mujer que se volvía era la de Cloris Beale?

—Hum... —dudó Breel.

—Nosotros sabíamos que era Cloris. Pero la señora Lewton ignoraba su identidad; no la ha visto nunca. Sólo le dijimos que se iba a repetir todo lo sucedido a partir del momento en que sonó el disparo que acabó con la vida de su jefe.

—Sí, es cierto, pero pudo imaginarse que emplearíamos a una doble...

—Si usted no es capaz de jurar que la mujer a quien veíamos era Cloris Beale, ni yo tampoco, porque no se distinguían sus facciones con absoluta perfección, ¿porqué ella sí lo afirma? Es decir, se ha dado cuenta de que una mujer, vestida con las ropas que, supuestamente, llevaba Dahlia aquella noche, incluso el bolso negro colgado del hombro, no era la señora Fryckett. Nosotros no le habíamos dicho que emplearíamos una colaboradora voluntaria; simplemente, insisto, dijimos que se iba a reproducir todo lo sucedido aquella noche.

—Puede que siga sugestionada...

—¿Lo estaba también veinte segundos después del disparo, que es lo que tardó en llegar a la ventana?

—Ella sabía que se habían producido ya cuatro asesinatos. Vio a una mujer y dedujo que no podía ser otra que Dahlia Fryckett. Y quizá su agudeza visual sea superior a la nuestra, Walt.

—Podiera ser —admitió el joven—. De todas formas, esta prueba se realizará durante el juicio, con el juez y el jurado presentes. El abogado defensor de Dahlia tiene derecho a que el jurado examine todas las pruebas que se presenten contra la acusada.

—Eso significa que piensa arrestarla.

—Hay una persona que afirma haberla visto a los pocos momentos de cometido el crimen. Puede equivocarse o no, pero eso es ya algo que se tiene que demostrar en un juicio público.

—De acuerdo —dijo Breel—. ¿Cuándo?

Conniston echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Son casi las cinco de la mañana —respondió—. Iré a las nueve, más o menos. Dahlia estará en su casa; me dio su palabra de que no abandonaría la ciudad. Si huyera, sería tanto como declararse culpable.

—El caso es suyo, Walt. No me falle.

—Descuide, jefe.

Conniston echó a andar, pero antes de abrir la portezuela del coche se volvió hacia Breel.

—Jefe.

—¿Sí, Walt?

—Hay algo que me extraña sobremanera —dijo el joven—. Es curioso, hasta ahora no me había percatado de ellos, pero tal vez se debía a que no había presenciado personalmente una reproducción de lo que sucedió la noche del crimen.

—Muy bien, hable de una vez. ¿De qué se trata?

Conniston agarró con mano nerviosa el brazo de su interlocutor.

—Jefe, imagínese que es usted la señora Lewton. Está durmiendo profundamente y un disparo la despierta de pronto. El disparo suena en el interior de la casa, en la planta baja. Ella se levanta y corre directamente hacia la ventana, pero no hacia la puerta del dormitorio. El revólver ha sido disparado *dentro* de la casa, no fuera, en el jardín o en la calle. ¿Le parece que ésa es una reacción lógica?

Breel asintió.

—Yo hubiera corrido inmediatamente hacia la planta baja —manifestó.

—Y ella lo hizo hacia la ventana. ¿Por qué?

—No sé qué decirle, muchacho...

—¿Acaso —dijo el joven lentamente—, esperaba que su esposo muriese aquella misma noche y quería cerciorarse de que veía salir de la casa a un asesino?

Breel se puso rígido.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta —convino.

—Jefe, haga que investiguen a la señora Lewton. Yo arrestaré a Dahlia, por supuesto, pero la conducta de esa mujer se me antoja más que sospechosa.

—Estoy de acuerdo con usted, Walt. Y ahora, ¿qué le parece si nos vamos a descabezar un sueñecito?

Conniston se sentó junto al volante.

—No sé si podré conciliar el sueño —rezongó.

Eran las nueve y minutos cuando Conniston llamaba a la puerta de la casa de Dahlia. Sue, la doncella, abrió a los pocos instantes.

—Buenos días, señor —saludó amablemente.

—¿Cómo está, Sue? Haga el favor de avisar a la señora. Quiero hablar inmediatamente con ella.

—Muy bien, señor. Está en su dormitorio, todavía no se ha levantado...

—Es igual, esperaré.

Sue se alejó. Una puerta se abrió en el vestíbulo. Melissa apareció, sonriente, de un humor magnífico.

—Hola, sargento —exclamó—. Hace un día estupendo, ¿verdad? ¿No le apetece tomar una taza de café? Nos ha pillado desayunando...

Conniston se acercó a la joven.

—Han pasado la noche aquí —adivinó.

—Sí. Dahlia nos rogó que le hiciésemos compañía. Está muy deprimida, ¿sabe? —Melissa se volvió—. Cliff, ha llegado el sargento Conniston —anunció—. ¿Quieres ir poniéndole una taza de café?

—Claro —respondió Bowers desde el interior de la estancia.

Melissa agarró al joven por un brazo.

—Entre —invitó—. Dahlia estará todavía en la cama. Tardó mucho en dormirse y... ¿Qué le pasa? Le veo muy serio...

—He venido a arrestarla —respondió Conniston.

Melissa se llevó una mano a la boca.

—Oh, no... Dios mío, no es posible...

Súbitamente, se oyó un estridente chillido en el piso superior.

—¡Suban, pronto! ¡Por favor, dense prisa! —llamó Sue desesperadamente.

Conniston se lanzó hacia la escalera, seguido de los dos hermanos. Sue, pálida, desencajada, aparecía en el umbral de uno de los dormitorios.

—Está en el baño... No sé qué le ha pasado...

Conniston apartó a la aterrada doncella, cruzó la alcoba y se asomó al espacioso cuarto de baño. Dahlia, semidesnuda, yacía en el suelo. Junto a ella se veía un frasco vacío. Un poco más allá, había un vaso roto en varios fragmentos.

Creyó que se le paraba la respiración. Arrodillándose junto a

Dahlia, buscó su pulso. Aún latía su corazón, si bien muy débilmente.

—¿Está...? —dijo Melissa temerosamente.

—Todavía respira —contestó el joven—. Rápido, llame a una ambulancia. Aprisa, aprisa...

Conniston cargó con el inanimado cuerpo de Dahlia y lo llevó a la cama. Bowers permanecía como aturdido en el centro de la estancia.

—No se quede ahí parado —le apostrofó—. Traiga café inmediatamente...

Bowers dio media vuelta y echó a correr. Conniston se inclinó sobre la joven. El rostro de Dahlia tenía la blancura de la nieve. Su pulso era débil. Se preguntó si lograría sobrevivir.

¿Tan desesperada estaba para buscar en la muerte la solución a sus problemas?, se preguntó.

\* \* \*

La radio del coche emitió la señal de llamada.

—Galgo Siete, Galgo Siete. Habla la Central.

Aquí, Galgo Siete. Adelante, Central.

—La señora Fryckett sobrevivirá. El médico, sin embargo, no autoriza todavía las visitas.

—Muy bien, gracias.

Conniston colgó el micrófono nuevamente. A su lado. Cloris aparecía muy seria.

—Al menos, es un alivio, ¿no cree así, Walt?

Conniston asintió.

—Nunca acabaré de entender a las mujeres —rezongó—. Dahlia lo tiene todo, juventud, belleza, es muy rica... Podría casarse con quien quisiera y en el momento en que se lo propusiera...

—Y está empeñada en cultivar el recuerdo del esposo amado.

—Sí, pero, a pesar de todo, sigo creyéndola inocente.

—¿Opina que puede tratarse de una conspiración?

—¿Qué sentido tendría, Cloris?

—Oh..., quizá acusarla de esas muertes, con lo que el verdadero asesino quedaría siempre en la sombra.

—Puede ser. —Conniston hizo una mueca—. Éste es un caso que

se presenta cada vez más oscuro.

—Acabará por resolverlo —sonrió la joven—. Eh, ¿adónde me lleva usted? —exclamo, al ver que ya estaban saliendo de la ciudad.

—Necesito despejarme un poco la cabeza —respondió él—. Y, de paso, quiero agradecerle su colaboración de forma práctica.

—Lo hice desinteresadamente, Walt. Usted trató de ayudarme... y aún sigue haciéndolo. El abogado me llamó esta mañana y dijo que aguarda la respuesta de los Bailey para hoy mismo.

—Le hicieron una jugarreta. Al menos, podían haberle enviado un telegrama, cancelando el contrato, en lugar de permitirle que se desplazase hasta aquí... ¿desde dónde?

—Sacramento, la capital —respondió ella.

—Trabajaba allí como «nurse».

—Sí. ¿Quiere ver los certificados?

Conniston se echó a reír.

—Confío en su palabra, Cloris —respondió.

## CAPÍTULO VII

El restaurante estaba en lo alto de un risco, explanado a fuerza de dinamita, con una barandilla protectora, desde el cual se dominaba un extensísimo panorama de valles fértiles y colinas cubiertas de bosques de coníferas. A lo lejos, brillando en el horizonte, se divisaba la línea azulada del océano.

Un parasol de vivos colores daba sombra a la mesa en la que almorzaba la pareja. Al terminar, Cloris miró agradecida a su anfitrión.

—Si me quedo a vivir en su ciudad, vendré aquí más de una vez —dijo.

—Está relativamente cerca, no es domingo, lo que evita las aglomeraciones y se respira una atmósfera limpia y sana —sonrió Conniston.

—A usted le conocen. Se ve que es cliente habitual.

—Vengo con frecuencia, ciertamente.

—Nunca solo, ¿verdad?

—Cloris, se prohíben las preguntas indiscretas —dijo Conniston.

Ella suspiró.

—No puede ser de otro modo —contestó—. Es usted el hombre que las vuelve locas solo con mirarlas.

—¿También a usted?

Antes de que pudiera contestar, el camarero se acercó a la mesa.

—Señor Conniston, vaya al coche, por favor —rogó.

—Está bien, Andy. Cloris, dispense un momento.

Conniston abandonó la explanada, cruzó el restaurante y salió al lugar destinado a estacionamiento. Alargó la mano a través de la ventanilla y tiró del micrófono.

—Galgo Siete —dijo.

—Aquí Central —sonó la voz de la operadora—. Le pasó comunicación con el jefe.

—Está bien.

Conniston oyó enseguida la voz de Breel.

—Walt, tengo noticias para usted —dijo.

—Adelante, jefe.

—Puede que haya algo de razón en sus sospechas. Hemos descubierto que Lewton tenía firmado un seguro de vida por seiscientos mil dólares.

Conniston silbó.

—Un piquillo, ¿no?

—Lo que se dice una fortuna. Todavía hay más. Cecilia Lewton tenía un amante. Lo hemos localizado. El amante dice que no tiene nada que ver con el asunto.

—¿Quién es?

—Un tal Ferdy Czárzy, de origen húngaro, apuesto, distinguido, pero sin medios de fortuna y, por supuesto, sin empleo conocido. Czárzy ha presentado una coartada inatacable.

—¿Un vividor?

—Seguro. Viste bien, elegante, tiene un bonito coche, reside en un lujoso apartamento... y yo diría que sus gastos son costeados por la señora Lewton.

—Ella tiene cuarenta y dos años —dijo Conniston—. La edad adecuada para enamorarse de un hombre más joven.

—Lo cual podría implicar el deseo de quedarse viuda.

—Cuando se levantó de la cama y corrió hacia la ventana, ¿lo hizo para ver si era Czárzy el autor del disparo?

—¿Por qué no empieza a indagar sobre ese extremo, Walt?

—Está bien, jefe. Haré lo que pueda.

Conniston dejó el micrófono y volvió a la explanada.

—Se acabó la diversión —dijo.

Cloris le miró con simpatía.

—Usted tiene una profesión y se debe a ella —contestó.

—Eso es muy cierto. —Conniston agitó la mano y el camarero acudió en el acto.

Después de abonar la nota, Cloris le hizo una observación:

—Walt, este almuerzo ha costado muy caro. ¿Por qué se ha gastado tanto dinero?

—Quería obsequiarla, eso es todo —sonrió él, a la vez que se ponía en pie.

—Tendrá que pedir un préstamo para llegar a fin de pies —dijo Cloris jovialmente.

—No se preocupe; lo importante es que haya disfrutado de la comida y del paisaje.

—Eso sí es cierto —convino la chica.

\* \* \*

A Pinky Groffey le sentaba perfectamente el nombre, debido al color rojo de su cara, que le hacía fácilmente reconocible en cualquier parte. Pero Groffey tenía una virtud, y era la de estar muy bien informado de todo lo que sucedía en la ciudad. Conniston lo sabía y por dicha razón estaba hablando con él, mientras consumían lentamente sendos doubles de *whisky*.

—Una viuda, que se dispone a cobrar un seguro de vida de seiscientos mil dólares, ¿eh? —dijo Groffey, después de ser puesto en antecedentes.

—Tiene un amante. Es más joven que ella —repitió Conniston.

Groffey se rascó la rubicunda mejilla con el pulgar.

—Ella, naturalmente, es una mujer ardiente. El marido, obsesionado por los negocios, no la hacía caso. El amante debe de ser un tipo atentísimo, que está pendiente de sus menores deseos... y que satisface sus ansias sexuales con plena capacidad. Puestos a elegir, ella prefiere al húngaro.

—Más o menos, Pinky.

—Además, debe de estar harta de permanecer aquí continuamente. El fulano le habrá hablado de viajes, Europa, los países exóticos, amor incesantemente, flores...

—Eres todo un romántico —rió Conniston.

—Conozco el paño —respondió el confidente filosóficamente—. ¿Un asesino contratado?

—Es posible.

—Pero al marido lo mató otra persona.

—Sí, Pinky.

—Entonces, no tenía sentido contratar a un asesino profesional.

—Hace seis meses que murió Edmund Holloway, el cuarto de la

serie. Parecía que el asunto había quedado suspendido. Ella pudo pensar que ya se había acabado y empezó a sentirse impaciente.

—Quizá, pero con la buena suerte de que la vengadora actuó antes que su asesino. Había decidido reanudar... la serie, como dices tú, sargento. Muy bien, pero, suponiendo que encuentre al tipo, ya no le puedes hacer nada, porque no cometió el crimen.

—¿Y si dice que vio a la señora Fryckett, para echarle las culpas y quedar así libre de toda sospecha?

—Es un argumento muy razonable —convino Groffey—. Una cara nueva en la ciudad...

—Sí, Pinky.

—Te llamaré en cuanto sepa algo, sargento.

—De acuerdo.

Conniston respiró con fuerza al salir del tugurio en donde había conversado con Groffey. Buscó su coche, encendió un cigarrillo y se dirigió al hospital en donde había sido internada Dahlia.

\* \* \*

Las visitas continuaban prohibidas.

—Mañana podrá verla, sargento, a partir de las nueve de la mañana —dijo el médico que se cuidaba de la joven.

—Gracias, doctor.

Cuando se disponía a tomar el ascensor, vio salir a Melissa.

—Hola, Walt —saludó la joven.

—¿Qué tal, Melissa? Dahlia está mejor, pero aún no se le permiten las visitas.

—¿Ni siquiera a la familia?

—No, tampoco.

—Bien, qué se le va hacer... Pobre muchacha, se siente desquiciada por todo lo que le ha sucedido últimamente... Debió de sufrir un acceso de locura o qué sé yo y se tragó un montón de píldoras... Quizá esto la haga reaccionar, puesto que ha salvado la vida. Pero opino que debe visitar al psiquiatra.

—Sí, será conveniente —sonrió Conniston.

Ella le miró fijamente durante un segundo.

—¿Cómo van las investigaciones, Walt? ¿Estás en el buen sendero?

—Así, así... Estas cosas siempre son lentas, Melissa.

—Ya me lo imagino. Bien, me volveré a casa... ¿Tienes coche?

—Por supuesto.

—El mío está en reparación. He tenido que tomar un taxi —se disculpó Melissa, una vez dentro del ascensor.

Cuando el coche arrancaba, ella le indicó una dirección.

—Pensé que dormirías en casa de tu prima —dijo Conniston.

—Lo hice ayer, porque vi que estaba muy deprimida y quería estar a su lado. Cliff sí se ha quedado. Yo me vuelvo a mi apartamento.

—Oh, comprendo.

—Los asuntos de Dahlia están un tanto confusos. Cliff pretende poner las cosas en orden. Después de la muerte de Alan, Dahlia se desentendió de todo y ello ha derivado en un caos poco menos que total. Cliff lo volverá a dejar todo como estaba.

—Es lógico.

Un cuarto de hora más tarde, Conniston detenía el coche frente a un edificio de apartamentos. Melissa se volvió, sonriéndole incitantemente.

—¿No quieres tomar una copa? ¿O tal vez es una proposición inconveniente?

Conniston sonrió.

—En estos momentos, no tengo nada que hacer —respondió.

Melissa le precedió por la pequeña explanada herbosa que había ante el edificio, con un deliberado contoneo de caderas. Una vez en el apartamento, preparó dos copas, le ofreció una y se disculpó unos segundos.

Volvió minutos después, sin haberse cambiado de ropa, con un vestido floreado, muy parecido a otro que él le había visto dos días antes. Era una mujer hermosa, terriblemente excitante.

Melissa levantó su vaso.

—Salud y suerte, sargento —deseó.

—Lo mismo digo —contestó él.

—Walt, algunas veces le he oído hablar a mi prima de ti. ¿Es cierto que estuviste enamorado de ella?

—Sí.

—¿Continúas enamorado?

Conniston vaciló.

—No, ya no —respondió.

—Ella te apreciaba mucho.

—Eso no tiene nada que ver. Aunque se casó con otro, yo seguía estimándola. ¿Por qué iba a odiarla?

—Vamos, supiste perder, como un buen deportista.

—Darme de cabezadas contra las paredes, no me hubiera resuelto ningún problema. Admití los hechos, eso es todo.

—Y sigues soltero.

—En efecto.

—Pero... después, habrás puesto los ojos en alguna mujer, supongo.

—Sí, a veces.

Melissa le miró críticamente.

—¿Muchas veces?

—Como no dispongo de abogado, me niego a contestar a la pregunta.

—Se ve que conoces las leyes —rió ella.

—Pero, si lo deseas, puedo hacer que sepas lo que ha sucedido en ciertas ocasiones, cuando he puesto los ojos en otra mujer.

—Sí, dímelo.

Conniston dejó la copa a un lado y avanzó hacia Melissa. Cuando puso las manos en su cintura, ella no hizo el menor gesto de protesta.

Acentuó la presión. Melissa echó el busto hacia atrás. Una de las manos de Conniston subió hasta la parte posterior del vestido, buscando el arranque del cierre.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —suspiró la joven.

—Dije que quería hacerte saber lo que sucede, cuando pongo los ojos en una mujer —respondió él.

El cierre descendió hasta más abajo de la cintura. La mano de Conniston exploró por el interior del vestido. No había ninguna otra prenda de ropa debajo, ni siquiera unas bragas.

—Walt...

—Dime, encanto —murmuró él, con los labios pegados al cuello de Melissa.

—Aquí, no.

—Ya. Pero antes...

El vestido cayó hasta las caderas. Melissa sonreía desafiadora,

orgullosa de sus atributos físicos. Realmente, pensó Conniston, era una mujer que no necesitaba para nada de un sujetador.

Entonces, Melissa le abrazó ávida, vorazmente. El vestido terminó por caer al suelo. Conniston la levantó en brazos. Ella le dirigió una ardiente mirada, en la que había inequívocas señales de rendición. Conniston caminó lentamente, dispuesto al asalto de la fortaleza.

## CAPÍTULO VIII

Conniston llegó al hospital, acompañado de un agente de uniforme, que se quedó junto a la puerta de la habitación en que se hallaba Dahlia. Después de dar al guardia las instrucciones precisas, abrió la puerta.

Cliff Bowers estaba junto a la paciente. El joven se volvió.

—Hola, sargento —saludó.

—¿Qué tal, señor Bowers? Dahlia, ¿cómo te encuentras?

Ella tenía el rostro todavía completamente blanco y daba señales de sentirse agotada, pero su mente estaba en buenas condiciones.

—Bien, estaré lista dentro de un par de días —contestó.

—Siento tener que darte un mala noticia —dijo Conniston—. He puesto un agente de guardia en la puerta. Hasta el momento del alta, estarás aquí como arrestada.

Los labios de Dahlia temblaron.

—Y luego, del hospital a la cárcel...

Bowers adelantó un paso.

—Sargento, ahora mismo iré a ver al abogado de mi prima. Le diré que interponga un recurso de *habeas corpus*. Yo también lo soy, pero no tengo licencia para actuar en la ciudad; de lo contrario, me encargaría personalmente de la defensa de Dahlia.

—Está usted en su derecho, señor Bowers. Y ahora, por favor, si quiere dejamos solos...

—Dahlia, no contestes a una sola de las preguntas del sargento. Espera a que esté presente tu abogado —aconsejó Bowers.

Conniston trató de contener un gesto de cólera.

—Señor Bowers, no he venido aquí para interrogar a su prima sobre las causas que han ocasionado su arresto, sino por otro motivo muy distinto. Por tanto, le ruego nos deje solos.

La voz de Melissa sonó repentinamente desde la puerta.

—Cliff, deja que el sargento cumpla con su deber. Walt, mi hermano, a veces, es un poco puntilloso... Oye, este agente no me deja pasar...

Conniston se volvió.

—Dahlia está arrestada —dijo.

—Comprendo. Cecilia Lewton insiste en que fue ella.

—Sí.

—Bien, vamos, Cliff.

Bowers abandonó la estancia a regañadientes. Conniston y Dahlia quedaron a solas.

—¿Por qué? —preguntó él.

Dahlia volvió la cabeza a un lado.

—Yo debería ahora preguntar por qué no me dejaste morir —murmuró.

—¿Querías suicidarte? Dahlia, por el amor de Dios, no puedo creer una cosa semejante de ti —exclamó él impulsivamente—. Te conocí siempre fuerte, enérgica, dispuesta a superar todas las adversidades... ¿Por qué, de repente, te sientes absolutamente derrotada? ¿Acaso sigues pensando todavía en un hombre que no se lo merecía?

—¡Walt! No hables así de Alan...

—Alan era un sinvergüenza. Tenía tantas —amantes como días tiene el año. Una de ellas murió asesinada hace pocos días, Peggy Crane, su contable personal. Otra de sus amantes fue la misma que te acusa de asesinato.

—Cecilia Lewton —dijo Dahlia, con los ojos desorbitados.

—Sí, y también Grace Higgins. Alan no miraba nada; era una mujer, más o menos atractiva, y buscaba acostarse con ella. Y, generalmente, lo conseguía. ¿Cómo es posible que estuvieses ciega tanto tiempo?

Las manos de Dahlia se crisparon sobre el embozo de las sábanas. Rodaron algunas lágrimas por sus mejillas.

—Tú quieres hacerme reaccionar, hiriéndome en lo más profundo de mis sentimientos...

—Lo que te digo es la pura verdad, y tendrás ocasión de comprobarlo cuando estés curada. Dahlia, no tengo otro remedio que arrestarte, porque las pruebas están contra ti, pero al mismo

tiempo, debes saber que estoy tratando de demostrar tu inocencia, porque sé que no has cometido ningún asesinato, ¿entiendes?

—¿Piensas eso de mí, Walt?

—Sí. De lo contrario, sería otro el encargado de este caso.

Dahlia le miró con infinita dulzura.

—No supe elegir...

—Eso ya ha pasado —contestó él—. Por fortuna, estás viva, y es lo importante. Pero ese intento de suicidio, no servirá precisamente para mejorar tu situación. Es como si hubieses querido escapar de la ciudad, ¿comprendes?

—Pero, Walt, yo no quise suicidarme —dijo Dahlia sorprendentemente.

Conniston se quedó con la boca abierta.

—No bromees —gruñó.

—Estoy diciendo la verdad. Pasé una noche horrible y me costó muchísimo conciliar el sueño. Cuando me levanté, fui al baño y, al salir de la ducha, fue cuando empecé a sentir mucho sueño. Créeme, supe que iba a morirme, pero no lo lamentaba en absoluto.

—Estás aquí por una ingestión de barbitúricos. Si tú no los tomaste voluntariamente, ¿quién fue el que te los hizo tomar?

—No lo sé, Walt —respondió la joven.

\* \* \*

Cuando se sentó en su coche, después de abandonar el hospital, oyó la llamada de la radio:

—Galgo Siete, conteste. Galgo Siete...

—Aquí, Galgo Siete. Adelante, Central.

—Tengo un mensaje para usted. Es de un tal Pinky. Quiere que lo vea hoy, antes de las doce, en el

«Bravo's

».

—Enterado, Central.

Conniston cortó la comunicación. Eran las diez y media de la mañana. Pinky acudiría a la cita una hora más tarde. Dudó acerca de lo que debía hacer y, al fin, se decidió por ver a Cloris. Pero se llevó una decepción porque en el hotel le dijeron que la chica había salido y no sabían cuándo volvería.

La declaración de Dahlia le tenía desconcertado. No había querido suicidarse y, sin embargo, no le hubiese importado morir. Alguien había tratado de envenenarla, pero no había sabido hacerlo bien, porque el médico le había dicho que la dosis no era lo suficiente para causarle la muerte. En el peor de los casos, habría pasado durmiendo cuarenta y ocho horas seguidas, y no se habría despertado en buenas condiciones, aunque habría sobrevivido sin dificultad.

Cada vez estaba más convencido de que alguien había simulado una tentativa de suicidio. Ello haría que la joven apareciese como culpable ante la opinión pública. No cabía duda, se trataba de un plan muy astuto, ideado... ¿por quién?

La pregunta no tenía respuesta por el momento.

Una hora más tarde, estaba bebiendo cerveza con Groffey.

—Hay una «cara nueva» en el Hotel Santos —le informó el confidente—. Llegó hace cuatro días y apenas ha salido de su habitación. Hace que le lleven las comidas al cuarto y, cosa rara, no ha pedido una sola vez bebidas alcohólicas. Es un tipo muy serio y reservado, con cara de predicador, pero, desde luego, no tiene una Biblia en su equipaje.

—¿Nombre? —preguntó Conniston.

Groffey soltó una risita.

—Joe Smith —dijo.

—¿Crees que puede ser él?

—Sí. Apostaría cien a uno y ganaría todas las apuestas.

Conniston puso un dólar sobre el mostrador y veinte en uno de los bolsillos del confidente.

—Haré que vigilen a Joe Smith —se despidió.

Desde el coche, llamó a la Central y habló con su jefe. Breel le prometió enviar inmediatamente un agente de paisano, para vigilar el Hotel Santos.

—Le seguirán dondequiera que vaya —prometió.

—Gracias, jefe.

Luego, Conniston buscó una cabina telefónica y volvió a llamar al hotel donde se hospedaba Cloris. La chica no había regresado todavía. Conniston, sin saber por qué, se puso de mal humor.

Durante el resto del día, de cuando en cuando, llamaba a la Central, para conocer noticias de Joe Smith. El hombre seguía

todavía en el hotel, sin dar muestras de abandonar su habitación. No, ni siquiera había utilizado el teléfono para llamar a ninguna persona.

A las seis de la tarde, se tropezó inopinadamente con una persona conocida, a la que estuvo a punto de derribar, junto con los paquetes de que era portadora.

—Hijo, podías fijarte mejor en cómo andas por la calle —se quejó la dama.

—Mamá —exclamó él, sorprendido—. Lo siento, no te había visto...

Conniston besó a su madre en una mejilla. La señora Conniston sonrió, orgullosa de su vástago.

—Nos tienes abandonados —se quejó—. Hace lo menos una semana que no vienes a cenar con nosotros...

—Tengo trabajo, mamá —respondió él—. Pero no tanto que no te pueda llevar los paquetes hasta el coche, claro.

—Gracias, Walt. ¿Cómo marchan tus asuntos? Papá y yo leemos los periódicos constantemente... Es un caso muy feo, no.

—Sí, muy feo, mamá.

De pronto, Conniston se quedó parado, con la vista fija en otro punto. Su madre se dio cuenta de que algo le sucedía.

—Walt, no me digas que has visto a un asesino —se alarmó.

—No te asustes —rió él—. Todo lo contrario... ¡Eh, Cloris! —gritó repentinamente.

La chica, también cargada con un montón de paquetes, se detuvo en el acto.

—¡Walt! —exclamó alegremente.

—Venga aquí, mujer —dijo él—. Quiero presentarle a mi madre. Mamá, ésta es Cloris Beale.

—Hola, muchacha —saludó afablemente la señora Conniston—. Si quieres, te llevo en el coche. Veo que también vas muy cargada...

Cloris sonrió.

—He tenido noticias de los Bailey —manifestó—. Lamentan lo sucedido y se excusan de no haberme avisado, por haberse entretenido con el traslado a Oregon. Y me han enviado un cheque con dos meses de paga, a modo de compensación.

—No está mal —sonrió el joven—. Mamá, llévate a cenar a Cloris. Yo iría también, pero tengo trabajo.

—Está bien, hijo. Cuídate mucho.

—Sí, mamá.

Conniston abrió la portezuela del coche. De pronto, su madre se volvió hacia él.

—¿Sabes que pasado mañana estamos invitados a una fiesta que da Albert Sands? La invitación es extensiva a toda la familia, Walt.

—Oh... Bien, iré si no tengo ocupaciones más urgentes, mamá.

—Procura estar libre esa noche —dijo.

Cloris agitó una mano.

—Celebro verle, Walt —dijo, en el momento en que arrancaba el coche.

Conniston fue al suyo y descolgó la radio.

—¿Alguna noticia sobre Joe Smith? —preguntó.

—No —respondió el jefe Breel—. En cambio, tenemos noticias sobre esa chica amiga suya, Cloris Beale.

—¿Qué pasa, jefe?

—Ha estado en el Hotel Santos. Preguntó por un tal Todhunter Brown. Le dijeron que allí no se hospeda nadie con ese nombre y se marchó sin más. ¿No le parece un poco sospechoso ese comportamiento, teniendo en cuenta que dijo ser forastera y no conocer a nadie?

Conniston se quedó muy pensativo.

—Resulta extraño, en efecto —convino, pasados algunos segundos.

—Tenga cuidado —aconsejó Breel—. No se deje arrastrar por una cara bonita y un cuerpo atractivo.

—Sí, jefe.

Profundamente conturbado, Conniston dio media vuelta a la llave de contacto. ¿Quién demonios era aquel Todhunter Brown?

## CAPÍTULO IX

Conniston hubiera ido a cenar con sus padres, pero temió que Cloris se diese cuenta de su desazón y prefirió hacerlo en un restaurante. Luego fue al apartamento que tenía alquilado. De pronto, se le ocurrió una idea.

Marcó un número de teléfono y esperó. Una voz femenina contestó a los pocos momentos.

—Residencia de la señora Fryckett...

—¿Sue?

—Sí, señor.

—Soy Conniston. Escuche, deseo hacerle algunas preguntas. ¿O es una hora inconveniente?

—Oh, no, señor, en absoluto. Estoy sola en la casa...

—¿No se han quedado hoy los primos de la señora?

—No, señor. El dijo que no quería seguir trabajando. La señorita Melissa no ha venido en todo el día.

—Bien, de todos modos, no es de ellos de quienes quería hablarle. Sue, ¿qué hacía la señora, por costumbre, apenas se levantaba de la cama?

—Bien, iba al baño... Siempre se tomaba un vaso de agua, con una cucharada de sales de frutas...

—Ah... ¿La veía usted?

—A veces, no todos los días, claro. Pero era una costumbre inveterada, señor.

—Entiendo. ¿Lo hacía antes de entrar en la ducha?

—Sí, señor, inmediatamente de levantarse.

—Bien, Sue, voy a pedirle un favor. Vaya al cuarto de baño y mire el frasco de las sales. Espero sin colgar.

—Muy bien.

Transcurrió un minuto. Sue no tardó en regresar.

—El frasco está mediado, señor —informó.

Conniston se pellizcó el labio inferior.

—Guárdelo, Sue —dijo al cabo—. Un patrullero pasará inmediatamente a recogerlo.

—Sí, señor. Pero...

—Diga, Sue.

—A mí me parece que éste no es el mismo frasco. Lo vi hace dos días y apenas había un par de cucharadas.

—Lo repondría la señora, claro.

—Pero no ha podido gastar la mitad del contenido señor.

—Sue, no toque más el frasco, por favor. Irán a recogerlo dentro de unos minutos. Ah, y no diga nada a nadie.

—Bien, señor.

Conniston colgó el teléfono. Ahora ya sabía lo ocurrido. Alguien había mezclado varias tabletas de barbitúricos con las sales de frutas, después de pulverizarlas, para una más fácil disolución en el agua. Dahlia había tomado su cucharada matinal, se había metido bajo la ducha y, casi antes de secarse, había sido acometida por un sueño invencible.

El efecto del barbitúrico había sido acentuado por una razón muy sencilla. Dahlia no había desayunado todavía. Por tanto, la baja de la tensión arterial había sido muy superior a lo corriente. Era la perfecta simulación de una tentativa de suicidio y, como había dicho, ello equivalía a una confesión de culpabilidad.

Para él, sin embargo, era la prueba de su inocencia. Pero ello no serviría de nada ante un tribunal.

Hizo una llamada a la Central y encargó que llevasen inmediatamente el frasco de sales a la sección de huellas dactilares. Luego, presintiendo oscuramente que aquella noche podía ocurrir algo, se tumbó en el diván y apagó la luz.

\* \* \*

El timbre del teléfono sonó estridentemente. Conniston dio un salto y alargó la mano hacia el interruptor de la lámpara. Luego cogió el auricular.

—Sargento Conniston —dijo.

—Habla la Central. Joe Smith ha salido del hotel. Le sigue Galgo Cuatro.

—Muy bien. Cuando esté en mi coche, le pediré que me pongan en contacto con él.

Conniston tiró el teléfono sobre la horquilla y agarró la chaqueta. Antes de salir, consultó la hora. La media noche había quedado ya atrás.

Momentos después, rodaba en el coche hacia el Hotel Santos. Por medio de la radio entabló comunicación con el otro agente.

—Habla Galgo Siete. ¿Por dónde está, Galgo Cuatro?

—Sexta Avenida, dirigiéndome hacia el Sur. Smith pidió un taxi. Lleva equipaje.

—¿Cree que se dirige al aeropuerto?

—De momento, ésa es la dirección que lleva.

—Bien, no lo pierda de vista. Procuraré acercarme.

—Enterado.

Cinco minutos más tarde, llamó Galgo Cuatro.

—El taxi ha virado al Oeste. Ahora entra en Stocker Road.

Conniston apretó los labios.

—Es posible que se pare en las inmediaciones del seiscientos cuarenta y cuatro —dijo—. Si se detiene, pase de largo y aguarde en el próximo cruce. Yo me encargaré del resto.

—Enterado.

Galgo Cuatro llamó segundos después.

—Se ha detenido frente al lugar indicado —informó.

—Muy bien —respondió Conniston.

Un minuto más tarde, entraba en la avenida donde vivía la señora Lewton. A partir de aquel instante, avanzó con todas las luces apagadas, aprovechando el alumbrado público. Incluso, cien metros más adelante, paró el motor, a fin de no hacer ruido, y avanzó con el resto de impulso que le quedaba al vehículo.

El taxi permanecía estacionado un poco más adelante del punto señalado. Conniston detuvo el coche. Seguramente, el taxista habría recibido orden de esperar el regreso de su pasajero. ¿No era una imprudencia por parte de Joe Smith?

Miró hacia la residencia de Cecilia Lewton. No había ninguna luz a la vista, pero ello podía representar también que las ventanas estaban corridas. Apeándose en silencio, se dispuso a cruzar la calle.

En el mismo momento, se oyó un chillido de mujer, seguido de un estampido de arma de fuego.

Conniston se puso rígido. Los cristales de una ventana estallaron con tremendo estrépito. Un cuerpo humano pasó a su través, cayó al césped, dio dos volteretas y se levantó casi inmediatamente.

De repente, se oyó una voz de mujer:

—¡Brown, tire la pistola!

Conniston creyó que soñaba. A treinta pasos de distancia, había aparecido una mujer, armada con un revólver, que sostenía con ambas manos. El individuo se volvió.

Conniston corrió hacia él.

—¡Quieto! ¡Policía!

Pero su intimación llegó tarde; el hombre había hecho fuego ya una vez. Desde las sombras brotaron un par de fogonazos. Sin embargo, el hombre no resultó herido, porque echó a correr, sin dejar de hacer fuego.

Conniston apretó el gatillo de su revólver. El sujeto se tambaleó. Cayó de rodillas y pareció que se iba a derrumbar. Conniston corría hacia él y se detuvo. El hombre a quien alguien había llamado Brown, hacía desesperados esfuerzos por levantar su pistola. De pronto, cayó de bruces y se quedó quieto.

Alguien corrió hacia aquel lugar. Conniston creyó que veía visiones.

—¡Cloris!

La chica llevaba todavía un revólver en la mano. Con la izquierda, enseñó una placa:

—Ayudante del Fiscal General del Estado de California —se presentó.

Conniston tenía la boca abierta. Dentro de la casa, sonó un estridente chillido de mujer. Un hombre corría hacia aquel lugar. Era el agente que había colaborado en la persecución del sospechoso.

—Cloris, tendrá mucho que explicar —dijo Conniston severamente—. No voy a reprocharle el engaño, pero sí le diré que su acción carece de toda legalidad en esta población.

—Estoy dispuesta a afrontar todas las consecuencias —respondió ella orgullosamente—. Me he equivocado, pero puedo resultarle un testigo muy útil en sus investigaciones. Vamos adentro, creo que se

va a encontrar con una gran sorpresa.

Conniston se arrodilló. Su compañero llegó de inmediato.

—Ha muerto —dijo el joven—. Usa la radio de mi coche, Lannigan.

—Muy bien, sargento.

La mano de Conniston se apoderó autoritariamente del brazo de Cloris.

—Y ahora, señora entrometida, vamos a ver eso tan interesante que quiere enseñarme —dijo.

Dentro de la casa, Cecilia Lewton estaba presa de un terrible ataque de histerismo. Un hombre yacía en el suelo, con un revólver en la mano, sobre un charco de sangre.

\* \* \*

—Todhunter Brown llegó aquí bajo el nombre de Joe Smith. Cecilia Lewton, impaciente por deshacerse de su esposo, cobrar el seguro, heredar y disfrutar, corriendo por el ancho mundo, en compañía de su amante húngaro, había contratado un pistolero. Dios sabe cómo lo consiguió, pero el caso es que cerró el trato con Brown. Ahora bien, dio la casualidad de que el mismo día en que Brown llegaba a la ciudad, su esposo moría asesinado. Por tanto, Brown ya no era necesario y así se lo hizo saber, pero el sujeto se irritó muchísimo y pretendió cobrar la suma pactada. Cecilia decidió entonces eliminarle; podía ser una boca comprometedora, y llamó a su amante, Czárzy, quien debía encargarse de la tarea. Pero el pobre hombre no podía ser enemigo para un profesional. Todhunter lo mató, apenas se dio cuenta de que se trataba de una encerrona. Luego quiso huir...

Conniston terminó su relato y se llevó a la boca el vaso de papel con café que había tenido en la mano mientras hablaba. El jefe Breel volvió la vista hacia la chica que aparecía sentada en un sillón, a la derecha de su mesa.

—¿Y bien, señorita Beale?

—Lo que ha dicho el sargento es verdad —respondió Cloris—. Yo pude escuchar a Brown quejarse de no haber recibido la suma convenida. Quiso, incluso, alardear de haber cumplido el pacto, pero Cecilia se burló de él, diciéndole que otro se le había

anticipado. Entonces, apareció el amante con un revólver en la mano, pero debía de estar nerviosísimo. Czárzy no servía para ciertos papeles y Brown, furioso, lo liquidó de un solo disparo. Ella empezó a chillar, Brown se tiró por la ventana...

—Por tanto, puede deducirse que Cecilia Lewton insistía en la acusación contra la señora Fryckett, para ocultar el hecho de que había contratado a un asesino profesional —dijo Breel.

—Así es, jefe. Lo que sucede es que Brown no se conformó y exigía el precio acordado. La culpa no era suya, si alguien se le había anticipado. Cecilia temió al escándalo; si Dahlia resultaba culpable, ella aparecería como una mujer virtuosa, a la que le había sido arrebatado el esposo. Pero no contó con los imponderables... y por ahorrarse unos miles de dólares, está ahora en un tremendo compromiso.

Breel meneó la cabeza.

—Va a resultar muy difícil probar nada. Ella se aferrará a su versión de que fue un ladrón el que intentó asaltar su casa. Dice que Czárzy era un amigo que le hacía compañía, debido al dolor que sentía por la muerte de su esposo, y que murió heroicamente por defenderla.

—Yo escuché... —exclamó Cloris.

—Sí, pero le falta corroboración. Ya conoce la ley; lo que usted pueda declarar, impresionará a un jurado, pero no servirá de nada, porque sólo usted escuchó lo que hablaban Cecilia y el pistolero. En resumen, Walt, seguimos en las mismas y la señora Fryckett sigue siendo la principal sospechosa.

—¡Esa mujer se va a salir con la suya! —dijo Conniston malhumoradamente—. Desde la ventana de su dormitorio, no pudo distinguir con claridad las facciones de la mujer que, supuestamente, había asesinado a su esposo.

—Tendrá que repetir la prueba que ya hizo, cuando juzguen a la señora Fryckett —contestó Breel, a la vez que alargaba la mano—. Señorita Beale, su revólver.

—Tengo licencia, jefe —protestó la chica.

—No la he firmado yo. Usted tiene la licencia, pero para usar el arma en Sacramento, no en mi ciudad.

Cloris obedeció de mala gana y dejó el revólver sobre la mesa. Breel levantó el índice:

—Si el fiscal del Estado quiere hacer investigaciones, que pida cooperación a la Policía local y que no envíe agentes sin avisar. Ha tenido la suerte de tropezar con un hombre experimentado, el sargento Conniston. Otro, quizá, habría disparado también contra usted y su jefe habría perdido a uno de sus ayudantes y no habría podido formular ningún cargo contra nosotros. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Por tanto, le prohíbo que siga haciendo más investigaciones, en esta ciudad. Si el fiscal quiere algo, que me llame por teléfono. Eso es todo, señorita Beale... excepto que me parece que le voy a dar un buen susto al recepcionista del Hotel Santos. Fue él quien la tenía al corriente de todo y el que llamó a un taxi, cuando lo pidió el sujeto que se había inscrito con el nombre de Joe Smith, ¿no es así?

Cloris asintió en silencio. Breel volvió a hacer un gesto con la mano.

—Llévesela, Walt, y díglele que se esté muy quietecita.

—Sí, jefe.

Breel soltó un bufido.

—¡Mujeres policías!

—No lo soy —protestó ella vivamente—. Mi cargo es el de ayudante de información en la oficina del fiscal...

—Y seguía a Brown por defraudación de impuestos estatales.

—Sí, jefe.

—Es lo que me faltaba por oír. ¡Fuera los dos! —tronó Breel coléricamente.

Cloris sonrió al hallarse al otro lado de la puerta.

—Su jefe parece muy enfadado —observó.

—Lo mismo que yo, Cloris.

—Vamos, no se lo tome así...

—La chica modosita, que había llegado para trabajar como niñera y estaba sin empleo —rezongó él—. Ha sabido hacerlo bien, Cloris.

Ella alzó una mano.

—No le engañaré más, Walt —prometió, solemne.

—Por su bien, eso espero. ¿Cuándo se vuelve a Sacramento?

—No lo sé. Quizá me tome unos días de descanso. ¿Le molestaría, Walt?

—Oh, en absoluto. Cuando necesite un taxi, la llamaré a usted. Por cierto, ¿no se extrañó Brown de que fuese una mujer la conductora, sobre todo, porque era una hora muy avanzada?

—Sí, algo comentó al respecto, pero yo le dije que los maleantes no me asustaban y que un esposo y cuatro o cinco chiquillos eran mucho más temibles. Se echó a reír y no pasó nada más.

—Y el taxi se lo proporcionó...

—Un amigo —contestó ella evasivamente.

—Cloris, no le voy a preguntar por el nombre de ese otro ayudante de su fiscal, pero díglele que haga las maletas y que se vuelva a Sacramento. —Conniston alzó las manos—. Dios, para un asunto de dos mil dólares, como máximo, el Estado de California se ha gastado el triple quizá...

—Deje de preocuparse por los gastos del Estado y lléveme al hotel —pidió Cloris.

—Muy bien, como quiera. ¿Cuánto tiempo se va a quedar aquí?

—Hasta que resuelva el caso que tiene entre manos —respondió ella resueltamente.

## CAPÍTULO X

Cloris había accedido a la invitación formulada por el joven, pero se quedó estupefacta al verle con un elegantísimo traje de etiqueta. Conniston sonrió al darse cuenta de la expresión que aparecía en el rostro de la muchacha.

—También un policía tiene derecho a vestir como las personas —dijo.

—Pero yo... Mi vestido no es adecuado...

Conniston la contempló de pies a cabeza. Estaba realmente atractiva. El traje era de falda corta, sencillo, pero elegante. Agarró su brazo y tiró de ella hacia el coche.

—Hoy día se tolera todo —dijo.

—Podía haberme avisado y me hubiese comprado un vestido largo...

—Quizá entonces no hubiera resultado tan natural. No se preocupe; es joven y bonita, y eso es lo que más mirarán los invitados.

—Y usted, ¿no?

—Yo me la estoy comiendo con los ojos, Cloris.

—Entonces, suspenda el banquete y fije la atención en el volante.

El coche arrancó. A los pocos momentos, ella hizo una pregunta:

—¿Cómo está la señora Fryckett?

—Bien, mañana le dan el alta.

—Y la arrestará.

—Su abogado ha interpuesto recurso de *habeas corpus*. Es un caso de asesinato, pero no está demasiado claro. El juez ha aceptado la demanda y quedará en libertad provisional, hasta el juicio.

—Quiso suicidarse...

—No; fue una simulación, ideada por alguien que conocía sus costumbres. En el frasco de sales, había una abundante cantidad de barbitúricos, pulverizados previamente. Ella los tomó, sin darse cuenta... pero el frasco que podríamos llamar culpable, ha desaparecido. Había otro y el análisis no ha demostrado la existencia de sustancias nocivas.

—Entonces, ella no es culpable.

—Para mí, no.

—Pero pudo preparar el escenario para simular el suicidio, decir luego que no quería suicidarse y achacar así el asunto a otra persona, que no existe.

—Podría ser, pero, después de lo que ha pasado, ¿puede tener crédito la declaración de Cecilia Lewton?

—Sí, para el fiscal, se le va a presentar un caso muy complicado. Tendrá que echar mano de todos sus recursos para conseguir que el jurado acepte sus acusaciones.

—Quizá el caso quede resuelto antes de que llegue a los estrados judiciales —contestó él.

—Walt, ¿todavía sigue enamorado de Dahlia?

Conniston hizo un gesto negativo.

—Eso es ya sólo historia —respondió.

—Puede quedar un rescoldo...

—Las cenizas se enfriaron y el viento de los días las dispersó. Una frase preciosa, ¿verdad?

Cloris aplaudió.

—Maravillosa, y deseo que sea cierta, por su propio bien. Walt, ¿no me guarda rencor...?

—Olvídelo, ya ha pasado..., pero ojalá le sirva de escarmiento, para no hacer más el papel de heroína con un tipo tan avezado como era Todhunter Brown.

—Sí, lo tendré en cuenta —suspiró ella.

\* \* \*

La fiesta estaba muy animada. Cloris se quedó atónita al ver la cantidad de gente que conocía el joven. Allí, pensó, había hombres de empresa de muy alto nivel. Y damas elegantes, con joyas que valían millones. ¿Por qué, pues, se conformaba Walt con ser un

simple sargento de detectives?

Por su parte, Cloris tuvo un gran éxito con los hombres, que se agolpaban a su alrededor, zumbando como moscas. Sonriendo, Conniston la dejó unos momentos. Sus padres charlaban con un antiguo amigo y los saludó cariñosamente. Un poco más allá, Albert Sands conversaba con una espectacular rubia. Al acercarse, vio que era Melissa Bowers.

Los ojos de Sands devoraban el audaz escote de la joven. Las estrechas tiras de la parte superior del vestido, apenas si cubrían los rotundos senos. Era fácil ver que ella se sentía halagada de la admiración que despertaba en su interlocutor.

—Hola, cariño —saludó Melissa—. Conoces al señor Sands, supongo.

—Sí, ya nos hemos visto —respondió Conniston—. ¿Cómo está, señor Sands?

—Encantado de verle por mí casa, muchacho. Oh, dispensen, tengo que saludar a un conocido...

Sands se marchó. Conniston y Melissa quedaron frente a frente. Ella le miraba maliciosamente por encima de su copa de champaña.

—Has venido muy bien acompañado, Walt —dijo.

—Es sólo una amiga, Melissa.

—Muy bonita.

—No está mal. Tú le ganas de sobra.

—¿De veras?

—Tengo pruebas irrefutables.

—Yo creo que no —contradijo Melissa.

—¿Cómo?

—Son pocas. Tienes que acumular más.

—Estos días estoy muy ocupado.

—Pero mañana no tienes que trabajar.

—Depende...

—Al menos, esta noche.

—He venido acompañado.

Melissa sonrió.

—A ella le sobran ahora acompañantes —dijo—. La fiesta es muy aburrida. Tú y yo podríamos organizar nuestra fiesta particular.

—No sería correcto, Melissa. En otro momento...

—Muy bien, como quieras.

Sands volvió en aquel momento.

—Sargento, ¿puede venir conmigo unos instantes?

—Sí, claro. —Conniston se volvió hacia la rubia—. Dispénsame, Melissa.

—Claro —dijo ella.

Los dos hombres abandonaron la terraza y caminaron hacia el despacho privado de Sands, situado en el lado opuesto de la residencia. Una vez en su interior, Sands cerró la puerta y se dirigió a una mesita con servicio de licores.

—Sargento, quiero decirle algo muy importante —manifestó—. ¿Quiere un trago?

—No, gracias.

—Yo lo estoy necesitando... He pensado mucho, créame...

Sands parecía nervioso. Puso dos dedos de *whisky* en un vaso y lo vació de un trago. Todavía vuelto de espaldas al joven, continuó:

—Alan Fryckett no se suicidó, sargento.

—Lo asesinaron.

—Sí.

Sands, inspiraba fuertemente. Cada vez parecía más alterado.

—Antes de recuperar el dinero —continuó—, habíamos celebrado una reunión. Acordaron darle un margen razonable, para que devolviera las sumas invertidas, haciéndole saber lo que podía ocurrir si se negaba. Fryckett cedió y reintegró hasta el último centavo.

—Con lo cual, los motivos para el asesinato, desaparecían.

—Sólo en apariencia. Ahora él estaba libre, pero entonces nos amenazó con un chantaje. Las inversiones podían ser disparatadas, pero habían sido realizadas con toda legalidad.

—¿Y...?

—El chantaje consistía en delatarnos al fiscal, por no haber pagado los impuestos correspondientes. Perdíamos cada uno la mitad de lo invertido.

—Ya. ¿Qué más, señor Sands?

El hombre se sirvió una nueva dosis de licor.

—Volvimos a reunirnos. Se discutió el caso y se llegó a la conclusión de que era preciso suprimir a Fryckett. Hubo votación. Mi voto fue adverso, pero alguien dijo que no era precisa la

unanimidad, sino la mayoría absoluta.

—¿Quién?

—Grace Higgins.

—Sin duda, despechada porque Fryckett la tenía desatendida. Sands asintió.

—Exacto.

—¿Cree que fue ella la que...?

—No lo sé. Yo dije que me consideraba desligado de todo aquel asunto y me marché. Arreglé mis asuntos con la Oficina de Impuestos y todo pareció marchar mejor para mí, a partir de aquel momento. Pero, a los pocos días, Fryckett apareció muerto, aparentemente suicidado.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Conniston.

—Hable con la señora Higgins. Ella es la única que puede responder a esa pregunta.

—Gracias, señor Sands. Parece que quiere colaborar con la ley, ¿no es cierto?

—Desde luego. Es lo mejor, si se quiere dormir tranquilo.

Conniston señaló la mesa de trabajo.

—Siéntese y escriba una confesión —indicó—. No obstante, le advierto que, a menos que sea absolutamente necesario, no la utilizaré. Si todo sale bien, volveré aquí y la quemaré en su presencia. ¿De acuerdo?

—Sí, sargento.

—Tiene mi palabra, señor Sands. Gracias.

Conniston abandonó el despacho. Antes de salir, vio a Sands que se sentaba detrás de la mesa.

Las cosas empezaban a ir un poco mejor, se dijo, al reunirse poco después con Cloris.

—¿Cómo va la fiesta? —preguntó.

—Maravillosa —respondió la chica—. Me estoy divirtiendo como nunca.

—Sí, el papel de panal de miel siempre resulta agradable.

—¿Cómo?

—Mire, ahí viene otro moscón...

Un apuesto joven se acercó a la pareja.

—Walt, me llevo a esta encantadora muchacha. Si te fastidia, pégate un tiro —dijo, riendo.

Y, precisamente, en aquel mismo instante, se oyó un estampido.

Las voces y las risas cesaron en el acto. Todos los rostros se volvieron inmediatamente hacia el lugar donde había sonado la detonación.

Conniston fue el primero en reaccionar y corrió hacia el despacho del anfitrión. Desde la puerta, vio a Sands, derrumbado sobre la mesa. De su frente manaba un chorrito de líquido rojo.

Bruscamente, sonaron algunos gritos:

—¡Va por allí!

—Se escapa...

—¡Cuidado, tiene una pistola!

Conniston se precipitó fuera de la casa. Varias personas señalaban con mano temblorosa hacia una figura que se alejaba con enorme rapidez.

—Dios mío, no puedo creerlo —dijo uno—. Es ella...

—¿Ella? —dijo Conniston, sintiendo como si una garra helada le oprimiese el corazón.

—Sí, yo también la he visto —confirmó otro de los invitados—. Debo reconocerlo; era Dahlia Fryckett.

Melissa se derrumbó sobre un sillón de mimbre.

—Dios mío... No quería admitirlo..., pero ahora no puedo dudar en absoluto. —Alzó sus ojos lacrimosos y miró al joven—. Walt, era ella, mi prima.

Las mandíbulas del joven se contrajeron. Regresó al despacho.

En la mano de Sands, había un trocito de papel. La asesina le había arrancado la confesión que estaba escribiendo.

Con rostro sombrío, levantó el teléfono y llamó a la Central de Policía.

## CAPÍTULO XI

—Ella admite que salió del hospital anoche, cansada de estar allí, y que quería volver a su casa cuanto antes —dijo el jefe Breel—. Si no hubiéramos admitido el recurso de *habeas corpus*...

—Lo admitió el juez, no nosotros —gruñó Conniston.

—El caso es que se marchó del hospital y cometió un asesinato. El sexto ya, Walt. Esa mujer está loca, loca de remate, pero no por ello vamos a dejar de acusarla.

—Sí, señor.

Breel cogió unos papeles que tenía encima de la mesa.

—Abandonó el hospital poco después de las nueve de la noche. Ya no tenía vigilancia en su habitación, de modo que pudo salir sin dificultades. Sands murió media hora después. ¿Qué tiene que alegar a eso, Walt?

—Nada, señor, salvo...

—Vamos, hable sin miedo.

—¿Tenía su coche esperándola?

—No. Un empleado del hospital dice que la vio tomar un taxi. Iría a su casa, a buscar su propio automóvil..., porque el taxista no iba a esperarla, después de que cometiese su crimen.

—¿Qué dice Sue, la doncella?

—Nada. Era su día libre. No la aguardaba hasta la mañana siguiente y no regresó hasta las doce de la noche. Walt, no le dé más vueltas; esta vez, la han visto varias personas, de las cuales no se puede dudar —dijo el jefe.

—¿La ha interrogado usted?

—Sí, en efecto.

—Jefe, convendría averiguar qué hizo a partir del momento de su salida del hospital.

—Eso es lo malo. Su disculpa es absolutamente ridícula. Dice que, poco después de tomar el taxi, lo despidió y siguió a pie. Tenía ganas de caminar y reflexionar, mientras regresaba a su casa andando. Simplemente, no puede demostrar qué hizo desde las nueve de la noche, hasta las diez y media, en que regresó a su casa. Y, recuerde, el asesinato se cometió poco después de las nueve y media.

—¿Alquilaría un coche?

—Lo investigaremos. Por supuesto, no se ha podido encontrar el que utilizó para la huida.

—Basta buscar en su garaje...

—No hay ningún coche. Lo abandonaría en cualquier parte, Walt. Es un caso resuelto, créame.

Conniston lanzó un hondo suspiro.

—Es posible que la declaren demente —dijo.

—¿Demente? Ha cometido ya seis asesinatos —barbotó el jefe Breel—. Está obsesionada por vengar a su marido, pero sabe distinguir perfectamente entre el bien y el mal. No, no creo que el jurado acepte la tesis del trastorno mental.

—De acuerdo, jefe, pero, sin embargo, hay algo que me intriga sobremanera —declaró Conniston.

—¿Qué es, muchacho?

—La confesión de Sands. Resulta absurdo llevársela, como se ha podido demostrar. Esa confesión no la exculparía totalmente del crimen, pero algo haría en su favor. Quizá Sands no la terminó por completo o no tuvo tiempo de firmarla, pero, en todo caso, estaba escrita de su puño y letra. Y esto es algo que identificarían sin dificultad los peritos calígrafos.

—Walt, no se podrá probar nunca que Sands se disponía a redactar una confesión, o que la hubiese escrito ya en el momento del crimen. La verdad, absolutamente irrefutable, es que varias personas la vieron escapar de la casa. Y todavía tenía un arma en la mano. ¿Qué más quiere, hombre?

Conniston se dirigió hacia la puerta.

—Hablaré con ella, pero, primero, voy a visitar a otra persona —manifestó.

—¿Quién?

—La última de la lista, la que más insistió en el asesinato de

Alan Fryckett.

—¿Grace Higgins?

—Sí, la misma.

\* \* \*

La señora Higgins cogió un cigarrillo, lo insertó en una larga boquilla de color negro y buscó el encendedor de sobremesa. Su actitud, más que distante, era fría y displicente.

—¿Yo? ¿Cómplice del asesinato de Fryckett? Está loco, sargento.

—¿Lo mismo que Dahlia?

—Cada cual en su estilo —respondió ella desdeñosamente—. Ya le habíamos sacado el dinero, de modo que no teníamos que comprometernos, eliminando a aquel despreciable gusano.

—Había un asunto de evasión de impuestos, que podía costarles muy caro, más de cien mil dólares a cada uno. ¿No cree que es un motivo suficiente para planear la muerte de Fryckett?

—Mi declaración de renta está al día, sargento.

—Lo comprobaremos en la oficina de Impuestos, descuide. ¿Quién mató a Fryckett?

—Se suicidó.

Conniston entornó los ojos.

—Tal vez contrataron a un tipo muy hábil, llamado Todhunter Brown —dijo de pronto.

Por primera vez, Grace pareció perder la seguridad en sí misma.

—No conozco a ese sujeto —declaró.

—Su suerte es que está muerto —contestó el joven—. Es posible que, gracias a la decisión que adoptaron por mayoría, y no por unanimidad, como me confesó Sands, la señora Lewton llegase a conocer a Todhunter Brown.

Grace se encogió de hombros.

—Cecilia y yo no tenemos nada en común —dijo.

—Ahora, no; pero hubo un tiempo en que sí había algo común entre las dos.

—¿Se puede saber qué era? —preguntó ella burlonamente.

—Un hombre llamado Fryckett. Es posible que en usted, además del temor al posible chantaje sobre los impuestos que debían pagar y que querían escamotear al gobierno, —influyeran también los

celos, cuando insistió tanto en la eliminación de la amenaza que representaba Fryckett.

—Sargento, todo lo que está diciendo es una fantasía. Y, en el supuesto de que fuese realidad, no podría demostrar nada.

—Los de la oficina de Impuestos vendrán a visitarla, señora.

—¿Quiere que, a cambio, acepte confesar que contratamos a Brown? ¿Cómo lo demostraría? Porque la confesión solamente no sirve ante un jurado; se necesitan testigos, y usted lo sabe muy bien.

—Claro, Brown está muerto, y todos los que aceptaron tomar parte en aquel hediondo asunto, también han muerto. ¿Quién va a rebatir sus palabras?

Grace sonreía irónicamente.

—Sargento, es usted un guapo mozo y me ha caído más simpático de lo que parece —dijo—. En otra situación, yo me habría portado con usted de un modo muy distinto. Aún estoy... apetitosa, creo. Pero ahora resultaría inútil. Sin embargo, voy a hacerle un favor.

—Muchas gracias, señora —contestó el joven, con no menor ironía en la voz.

—Hable con los hermanos Bowers. Quizá obtenga noticias muy interesantes.

—¿Qué es lo que trata de insinuar, señora Higgins?

—Quizá debería haber empezado por ahí. Los Bowers son ambiciosos e inteligentes, pero no tienen fortuna. Imagínese ahora que Dahlia es declarada culpable. Son sus únicos parientes. Un juez decretará que ellos se encarguen de la administración de sus bienes, con plenos poderes, por supuesto... y el resto, si no lo adivina usted, es que es tonto de remate.

Conniston se puso rígido.

—Esas cosas no se consiguen con facilidad —respondió.

—Si a ella la declaran demente, y su abogado hará todos los esfuerzos para conseguir una sentencia semejante, el juez decretará que no está en condiciones de administrar sus bienes. Alguien tendrá que encargarse de ello, ¿y quién mejor que Cliff y Melissa Bowers?

—Pensaré en ello, señora...

—Pensar no es suficiente, sargento —dijo Grace con aire lleno de impertinencia—. Hay que actuar. Y cuanto antes mejor.

—Usted está segura —se burló el joven—. La asesina vengadora ya está en la cárcel. Si los Bowers tienen algo que ver con el asunto, ya no pueden hacerle nada, porque les es imposible cargar un asesinato más a su prima, ¿verdad?

Grace no contestó. Conniston se despidió.

—Pero queda en pie el asunto Todhunter Brown, no lo olvide, señora Higgins.

\* \* \*

—De modo que esa mujer acusa ahora a los Bowers —dijo Cloris, mientras almorzaban juntos.

—Así es —respondió Conniston—. Y bien pudiera tener razón...

—Si resulta ser cierto, tendrás que esforzarte mucho por conseguir las pruebas que los condenen.

Conniston apartó su plato a un lado. No tenía apetito.

—Resultará difícil, aunque, por supuesto, he ordenado que investiguen a los dos hermanos —dijo.

—Si lo hizo ella... Pero, cuando murió Sands, estaba junto con otros invitados. Y la mujer que, supuestamente, asesinó a Lewton, era más delgada. Melissa es de cuerpo más opulento, más exuberante..., aunque eso, claro está, no se nota mucho por la noche y a más de veinte metros de distancia.

Conniston hizo un gesto negativo.

—Pienso que ella no lo ha hecho —dijo.

—¿Por qué?

—No es muy ágil... No es mujer a la que le gusten los deportes para mantenerse en buena forma...

—Walt, para Melissa, correr cuarenta o cincuenta metros a toda velocidad, no es nada del otro mundo, sobre todo, cuando se tiene mucha prisa. Dime, si fueron ellos, ¿obtendrían mucho beneficio?

—Al menos, veinte millones de dólares. No serían suyos, pero podrían entrar a saco en esa fortuna, mientras Dahlia permanecería internada de por vida en una clínica adecuada a su estado mental.

Cloris lanzó un silbido.

—Es rica —comentó.

—Sí.

—Y tú quisiste casarte con ella.

—En efecto.

—¿Influyó algo la diferencia de situación económica? Bueno, en tu casa, tampoco están tan mal...

—Mi padre tiene un próspero negocio, con el que no realiza ganancias espectaculares, pero sí le permite vivir holgadamente, sin dificultades. Digamos que es un hombre bien situado.

—Quizá tú le pareciste poco —apuntó la chica.

—No. Puedo asegurarte que a Dahlia no le ha importado nunca el dinero...

—Claro, como lo ha tenido desde que nació.

Conniston hizo caso omiso del sarcasmo.

—... y si se casó con Alan Fryckett fue, simplemente, porque creyó que era el hombre de su vida —concluyó la respuesta interrumpida.

—Luego, naturalmente, resultó que Fryckett estimaba que ella no era la mujer de su vida. Grace Higgins, Cecilia Lewton, Peggy Crane... Vamos, iba de flor en flor, como una mariposa en primavera.

—Son cosas que pasan, encanto, no le des más vueltas.

De pronto, un hombre de uniforme se acercó a la mesa ocupada por la pareja.

—Sargento, vaya a su coche. El jefe quiere hablar con usted —dijo el patrullero Mac Thomas.

—Ahora mismo. Dispénsame, Cloris.

Conniston abandonó el restaurante y agarró el micrófono de su coche.

—¿Jefe?

—Acabo de hablar con el comisionado de Policía de Sacramento —dijo Breel—. Han hecho un registro a fondo en el apartamento de Todhunter Brown. No sabía que era un asesino profesional.

—Y les ha pillado de sorpresa.

—Exacto. Pero también han encontrado una agenda repleta de notas, muy bien escondida. Se citan muchos nombres en esa libreta.

—¿Sí?

—Detrás de cada nombre, hay una cifra. Por ejemplo, Cecilia Lewton y cinco mil dólares.

—¿Qué más?

—Grace Higgins y cuatro mil.

—Sí, en dos años, la inflación... —comentó el joven sarcásticamente.

—Sacramento nos va a enviar la libreta. En cuanto la tengamos, podrá arrestar a la señora Higgins.

—Muy bien, pero convendría que se investigase sobre la estancia de Brown, en las fechas inmediatamente anteriores y posteriores a la muerte de Fryckett.

—Ya he enviado a unos agentes a todos los hoteles. De todos modos, esto no resuelve el caso principal, muchacho.

—Tal vez lo consigamos dentro de poco, jefe —se despidió Conniston.

Regresó junto a Cloris.

—La señora Higgins se va a ver en un serio aprieto dentro de un par de días —dijo.

## CAPÍTULO XII

El coche estaba abandonado en un lugar semidesierto. Un agente de la policía de carreteras lo vio e, intrigado, se acercó a investigar.

Las llaves estaban puestas. El policía registró el coche minuciosamente. En el maletero, encontró una bolsa que contenía diversos objetos, que le parecieron sospechosos. Inmediatamente, regresó a su automóvil de patrulla y llamó a la Central.

Media hora más tarde, se detenía allí otro automóvil, del que se apeó el sargento Conniston, acompañado por Mac Thomas. El policía de carreteras se acercó a ellos.

—Ése es el coche —indicó.

—Gracias, agente.

Conniston se acercó al vehículo y examinó la bolsa que había aparecido en el maletero. Al cabo de unos segundos, masculló:

—¿Cómo ha podido cometer semejante imprudencia?

—Quizá no tuvo tiempo de llevarse esas cosas o supuso que nadie vería el coche en este descampado —supuso el agente que lo había encontrado—. Como puede apreciar, está en una pequeña hondonada y no resulta fácilmente visible desde la carretera.

—Usted sí lo vio.

El policía se sonrojó ligeramente.

—Bueno, tuve que apearme... a la fuerza —explicó—. ¿Le parece que me quede vigilando, por si viniese alguien a recogerlo?

Conniston meditó unos segundos.

—No —decidió al cabo..., Nos lo llevaremos al *parking* de la Central. La persona que lo trajo aquí estima que es mucho más conveniente dejarlo abandonado. Y si no quemó la bolsa y su contenido, debió de ser por temor a incendiar la maleza de la hondonada. Estamos en pleno verano y todo está muy seco...

—A pesar de todo, pudo haberse llevado la bolsa —objetó Mac Thomas.

—Le habría comprometido mucho más —respondió el joven—. Al menos, según su modo de pensar.

—Sí, es probable.

Conniston se volvió hacia el policía de tráfico.

—Gracias, agente.

—No hay de qué, señor.

—Mac, yo me llevaré ese coche. Vuelva usted en el suyo.

—Está bien, sargento.

Momentos después, Conniston emprendía el regreso a la ciudad. Una vez en la Central, fue directamente al despacho de su jefe, con la bolsa en la mano y sacó su contenido.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Muy notable —respondió Breel—. Y demuestra que se trata de un plan largamente meditado.

—Sí, aquí hay cosas que no se elaboran tan fácilmente. Quizá, en un principio, no necesitó estos aditamentos. Pero luego era preciso que se viese al supuesto culpable.

—De acuerdo. Sabemos quién es. Pero ¿actuó solo?

—Tendremos que averiguarlo, señor. ¿Me permite que haga una prueba?

—¿Cómo, sargento?

Conniston se lo explicó. Breel dudó un poco.

—Si ella accede...

—Estoy seguro de que querrá colaborar, jefe.

—De acuerdo, pero no me gustaría que fuese usted solo.

—En todo caso, me llevaré a Mac Thomas. Es un buen hombre y está deseando pasar a detective. Le diré que deje el uniforme y le daré instrucciones específicas.

—Muy bien, adelante. Tiene usted luz verde... pero procure no despeñarse.

—Espero frenar a tiempo, jefe —sonrió Conniston, mientras alargaba la mano hacia el teléfono. Pidió que le comunicasen con el Hillview Hotel y aguardó unos momentos hasta que oyó la voz de Cloris.

El coche avanzó hasta la entrada de la casa y su ocupante se apeó ágilmente. Cliff Bowers se quedó estupefacto al reconocer a la recién llegada.

—¡Dahlia! Pero ¿cómo...?

—Me han puesto en libertad —respondió la joven—. Los testigos han empezado a contradecirse y el abogado ha conseguido de nuevo el *habeas corpus*.

Dahlia entró en la casa. Sue salió a recibirla.

—Señora, cuánto me alegro...

—Gracias, Sue. ¿Puede preparar un poco de café, por favor?

—Sí, señora, al momento.

—Cliff, ¿está Melissa en casa?

—Sí, iré a llamarla...

—Por favor.

Bowers abandonó el vestíbulo. Dahlia se encaminó hacia el salón y buscó cigarrillos. Cliff y Melissa aparecieron a los pocos momentos.

—Dahlia, querida, no sabes cuánto celebro verte de nuevo —dijo Melissa—. ¿Te encuentras bien? ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias. Estos días que he pasado en el hospital me han sentado maravillosamente. He podido reflexionar mucho y he llegado a ciertas conclusiones. A partir de ahora, voy a vivir con intensidad. Soy joven y ya he olvidado a Alan por completo.

—Eso es magnífico —sonrió Cliff—. Siempre dijimos que no estaba bien enclaustrarte en casa como una monja...

Súbitamente, se oyó en el vestíbulo un estridente chillido, seguido del estruendo de una bandeja que caía al suelo con todo su contenido. Una voz de mujer dijo:

—Sue, pero ¿qué le pasa? ¿Es que está viendo un aparecido?

Los dos hermanos se quedaron atónitos. La doncella tartamudeó:

—Pe... pero... señora, si usted... acaba de llegar...

—Claro que acabo de llegar, Sue. ¿O es que cree que soy mi fantasma?

La puerta del salón se abrió de golpe. La recién llegada miró un instante a las tres personas que se hallaban en la estancia y lanzó una exclamación de cólera:

—¿Qué hace aquí esa impostora?

—¿Cómo impostora? —protestó Dahlia—. Usted sí que es una

simuladora, tomando mi aspecto... incluso con mis propios ropajes...

—Sue, venga aquí —dijo la otra—. Diga cuál de las dos es la auténtica señora Fryckett.

La doncella asomó la cabeza un instante, miró alternativamente a las dos mujeres absolutamente iguales, cerró los ojos, los volvió a abrir y luego, con voz débil contestó:

—No... no sé distinguirlas... Parecen... hermanas gemelas, pero la señora Fryckett no tuvo nunca hermanos..., ni hermanas...

—Gracias, Sue, eso es todo lo que queríamos saber —sonó de pronto la voz del sargento Conniston, a la vez que se situaba en el umbral—. Hola, Melissa. ¿Qué tal Cliff?

En el rostro de Bowers aparecieron inmediatamente numerosas gotas de sudor. Melissa estaba horriblemente pálida.

Conniston dio un par de pasos en el interior. Luego se volvió hacia la joven que estaba a su lado.

—Gracias, Cloris; ya puedes quitarte la máscara.

—Perdona, Walt, pero Cloris soy yo —exclamó la otra joven, situada junto a los dos hermanos.

Conniston alzó las cejas, mientras Cloris se quitaba la máscara que reproducía exactamente las facciones de Dahlia. Ante la estupefacción del joven, dijo alegremente:

—Dahlia y yo acordamos el cambio, mientras terminábamos de retocarnos en los lavabos de Jefatura. Creías haber enviado por delante a Dahlia, cuando, en realidad, laque vino en primer lugar fui yo.

Por la puerta entreabierta, Sue asomaba la cabeza, con los ojos agrandados por la enorme curiosidad que la devoraba. Tras una corta pausa, Conniston se echó a reír.

—Un buen truco —elogió.

—Pero que mejora todavía tu posición —contestó Cloris. Movié la mano izquierda—: Sargento, usted tiene la palabra —invitó.

Conniston fijó la vista en Bowers.

—Hola, Little Crow —dijo.

\* \* \*

Bowers no se atrevía a despegar los labios. En vista de que no

decía nada, Conniston prosiguió:

—Debo confesar que sospeché en primer lugar de Melissa, pero es una joven muy lista y se dio cuenta bien pronto de que su silueta no era idéntica a la de su prima. En cambio, Cliff, levemente más alto y más esbelto, podía pasar por Dahlia, con esa máscara, una peluca y las ropas adecuadas. Así fue como actuó, por lo menos, en los dos últimos asesinatos. Cuando mató a Lewton, volvió la cabeza deliberadamente, para que su mujer pudiera verle, caso de asomarse a la ventana, como así sucedió. Pero al matar a Sands, cometió el terrible error de llevarse el papel en que redactaba una confesión acerca de la muerte de Fryckett. La auténtica Dahlia, habría dejado allí el documento, para que todos supieran que actuaba vengativamente. Usted no calculó entonces la utilidad de aquella confesión y cuando se dio cuenta, era ya demasiado tarde.

»Por otra parte, cometió un nuevo error, en un plan que hasta entonces se había desarrollado satisfactoriamente. Sabiendo que Dahlia iba a salir del hospital, no podía arriesgarse a volver en su coche a esta casa, ya que entonces se hubiera comprometido. Tuvo que dejarlo en un descampado, junto con las ropas, la máscara y la peluca. No se atrevió a quemar ese equipaje, porque el lugar está lleno de matojos secos y temía un incendio que hubiese atraído inconvenientemente la atención de algunas personas o de la Policía de carreteras. Pensaba volver en otro momento, pero ya no tuvo tiempo; un eficiente policía lo encontró, registró su interior... y llamó a la Central.

—Siempre fuiste un estúpido —barbotó Melissa—. Lo echaste todo a perder, maldito imbécil. ¿Cómo pudiste actuar de una forma tan idiota?

Bowers no contestó. Seguía sudando. En la puerta, los ojos de Sue parecían dos círculos blancos con sendos puntitos negros en su centro.

—Cuando estudió en la Universidad, Cliff, entró a formar parte de una sociedad estudiantil, una más de las que tienen nombres disparatados, producto del buen humor de la juventud. La suya se llamaba «Amigos Locos de Los Sioux», y cada miembro adoptada un nombre indio. El suyo era Little Crow... y Peggy Crane lo sabía.

»Peggy era una chica lista en ciertos aspectos, aunque no en otros, ya que acabó trabajando como camarera y prostituta. Pero

había tenido íntima relación con Fryckett, en todos los sentidos, y sabía que el negocio de los tres millones, se había estropeado por una información suya, Cliff. Luego sucedió lo que todos sabemos y cuando empezaron a cometerse los asesinatos, ella se imaginó lo que sucedía. Por Fryckett, su amante, conocía bastante bien a Dahlia y, aunque conocía su juramento, sabía que era incapaz de matar a una mosca, sobre todo, después de unos meses de haberse quedado viuda.

»Por tanto, empezó a establecer la debida relación entre las muertes y su auténtico asesino y, sobre todo, después de la de Lewton, llegó a una conclusión: Dahlia no era, luego tenía que ser su primo. Supo también lo que iba a suceder, si Dahlia era declarada legalmente falta de razón, y quiso obtener una tajada del pastel. Se citó con usted, fueron a su apartamento, Peggy hizo una exhibición de *strip-tease*... Probablemente, se lo pidió usted, tras simular acceder a sus pretensiones:

Pero sabía que si cedía una vez, Peggy se le convertiría en una sanguijuela.

»Por tanto, hizo que se desnudase y la apuñaló. Le robó todo el dinero y así pudo parecer que el crimen era obra de un Cliente furioso o borracho».

—Walt —dijo Melissa—, hasta ahora, todo lo que has dicho no son más que acusaciones sin fundamento. Aunque fuese verdad, tendrías que probarlo, me parece.

—Hemos encontrado en el apartamento de tu hermano, la máquina de escribir, con la que redactó la nota que escribió a Lewton —respondió Conniston fríamente—. Me hubiera gustado también encontrar el frasco de sales de fruta, que sólo contenía un par de cucharadas, y al que se agregaron media docena de tabletas de barbitúrico, bien pulverizadas, pero, desgraciadamente, fue a parar a la basura, momentos después de que Dahlia fuese conducida al hospital. Fue una excelente puesta en escena, porque yo vi en el suelo, vacío, el frasco de sedantes, y no se me ocurrió fijarme en el de las sales de fruta. Ahí sí hubiéramos encontrado huellas dactilares... como en el puñal que Peggy Crane tenía clavado en el pecho hasta la empuñadura.

—¡Lo limpié cuidadosamente! —vociferó Bowers.

Conniston hizo un gesto negativo.

—Usted la apuñaló como si usara un estoque, tirándose a fondo. En esta postura, el pulgar queda adelantado. Después de saber quién era Little Crow, ordené un nuevo examen de ese puñal. Los expertos han encontrado la huella de más de medio pulgar, precisamente, el punto más cercano al pecho de la víctima. No hay duda, Cliff, usted asesinó a Peggy Crane. Y puede que no se demuestren los otros crímenes, pero pagará por éste, se lo aseguro.

—Te está bien empleado, por idiota —dijo Melissa coléricamente. Se volvió hacia Conniston—. Bien, yo alegaré que no tuve nada que ver con todos esos asesinatos...

—¿Quién encargó la máscara que reproduce tan exactamente las facciones de tu prima?

Melissa se quedó sin habla.

—Lo sabes también... —dijo unos segundos después.

—Hemos encontrado al artista. Fuiste a verle muchas veces, porque no acababas de quedar satisfecha de su trabajo. Te recuerda muy bien, Melissa, y créeme, después de que el jurado oiga todos estos detalles, no saldrás muy bien parada, por bueno que sea tu abogado defensor. Habíais destinado siete tiros para siete asesinos, pero no pudisteis acabar la serie...

De repente, Cliff Bowers emitió un alarido inhumano y echó a correr frenéticamente. Fue una acción tan inesperada, que Conniston, sorprendido, no tuvo tiempo de frenar su enloquecida carrera.

Cliff salió al vestíbulo. Sue, aterrada, había escapado presurosamente. Desde la entrada, Cliff, con un revólver en la mano, se volvió hacia los espectadores de la escena.

—No intente seguirme, sargento...

Al otro lado del vestíbulo se oyó una voz tonante:

—¡Policía! ¡Tire el arma!

Bowers giró en redondo y alargó el brazo. Mac Thomas vio el gesto y saltó a un lado. Bowers hizo fuego un par de veces. Mac Thomas contestó con su revólver. El proyectil hizo dar un salto tremendo al asesino, arrojándolo al interior del salón. Cayó al suelo de espaldas, con los brazos abiertos, y quedó retorciéndose débilmente durante unos segundos, antes de adquirir la definitiva inmovilidad de la muerte.

Dahlia tendió sus manos a Conniston y le dirigió una larga mirada.

—¿Qué puedo hacer para demostrarte mi gratitud? —murmuró. Conniston sonrió.

—Nada —contestó—. Trata de olvidarlo todo. Viaja. Procura conocer nuevas gentes, haz amistades, abandona esta especie de enclaustramiento... Vuelve a la vida, en suma. Eso es todo.

—Quizá... necesite alguien... que me ayude a revivir... —dijo ella intencionadamente.

Conniston sonrió. Pero era una sonrisa cortés, amistosa, simplemente. Ella lo entendió así y procuró sobreponerse.

—Los errores se pagan caros —dijo.

—Pero siempre dan experiencia. No desesperes, Dahlia.

El joven se soltó de aquellas cálidas manos y caminó hacia la puerta. Sue le dirigió una graciosa sonrisa.

—¿Volveré a verle por aquí, señor? —preguntó, expectante.

—Lo dudo mucho —respondió él—. ¿Se le ha pasado ya el susto?

—Dos sustos, señor. Cuando murió el señor Bowers... y cuando vi a dos mujeres tan iguales... No suelo beber, pero empecé a pensar si me habría tomado una copa de más...

—También me engañaron a mí, no crea. Y eso que había ideado el plan —rió Conniston—. Adiós, Sue.

—Adiós.

El joven salió a la calle. De pronto, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Cloris estaba en su coche, con el micrófono en la mano.

—Galgo Siete llamando a Central. Conteste, Central.

—Oiga, Galgo Siete es un hombre —protestó la operadora.

—Lo sé, pero la que llama es la futura señora Conniston. Era para decirle que nos vamos a almorzar fuera y que no volveremos en todo lo que queda de día.

—Enterado, señorita.

Conniston apoyó las dos manos en la portezuela.

—De modo que te consideras ya como mi futura esposa —dijo.

—Si no te molesta...

—¿Qué pasaría si yo dijese que quiero seguir soltero?

—Entonces, tendría que ponerme de nuevo la máscara de Dahlia Fryckett. ¿Te gustaría más así?

Conniston abrió la portezuela y empujó a la chica.

—Tengo que pensármelo —dijo.

—¿Tardarás mucho? —preguntó Cloris ansiosamente.

—Espera a que hayamos almorzado —respondió él.

—Es demasiado tiempo —se quejó la muchacha.

—Con el estómago lleno y un par de copas de vino como acompañamiento, el porvenir se ve siempre de color de rosa... y uno se siente más atrevido, menos tímido...

—De tímido no tienes tú nada, pájaro.

—No me provoques, Cloris.

—Bah, mucha fachada, mucha verborrea y a la hora de la verdad, nada de nada...

El coche estaba todavía parado. Conniston pasó el brazo por encima de los hombros de la chica y la atrajo hacia sí.

—Voy a demostrarte que no soy tímido —sonrió.

—Empieza ya, encanto.

—Y que no me hace falta tener el estómago lleno para pedir que te cases conmigo.

—Pídelo, guapo.

—Ya está pedido. ¿Qué contestas?

Cloris le dio la respuesta con los labios.

FIN



LUIS  
GARCÍA  
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.